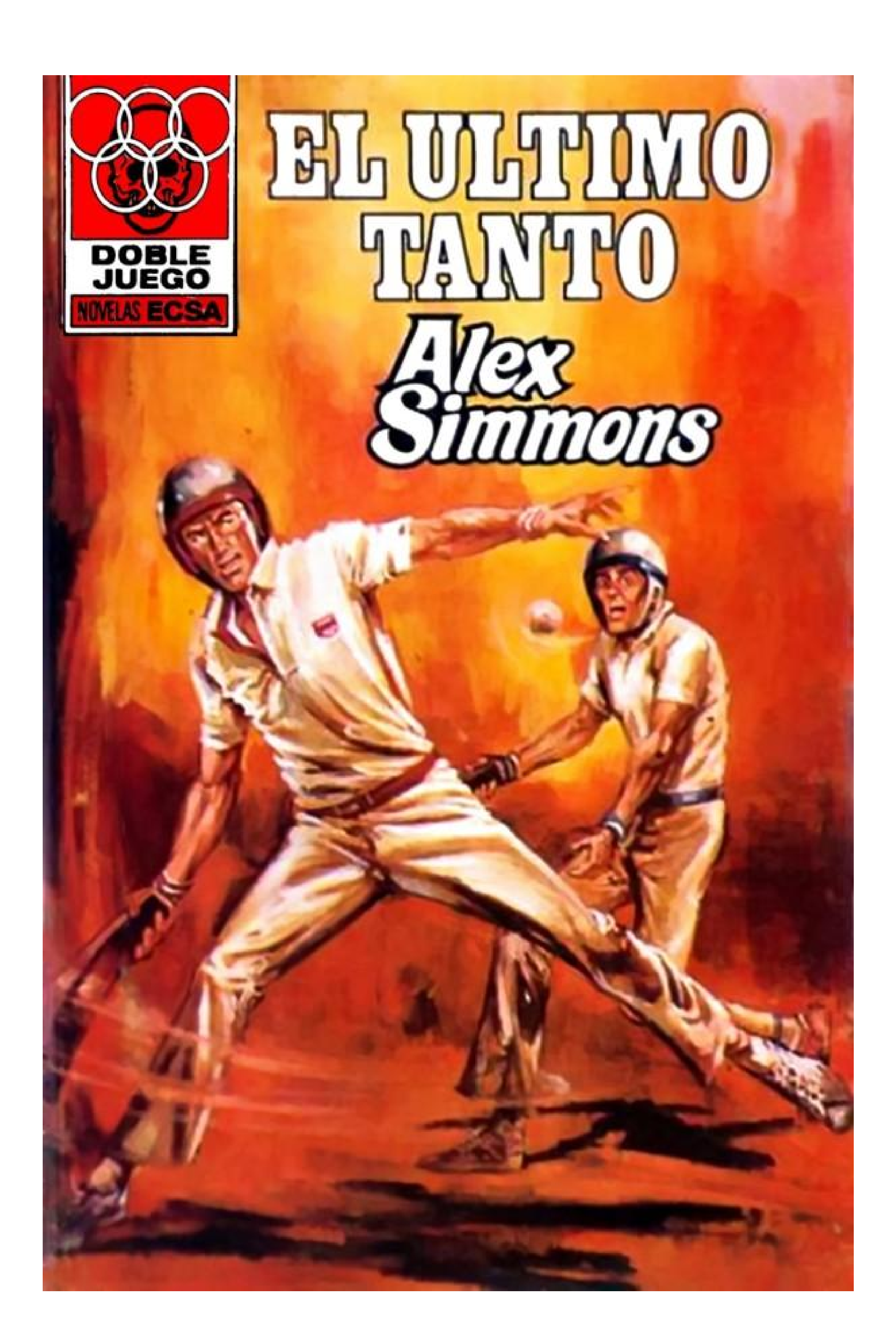
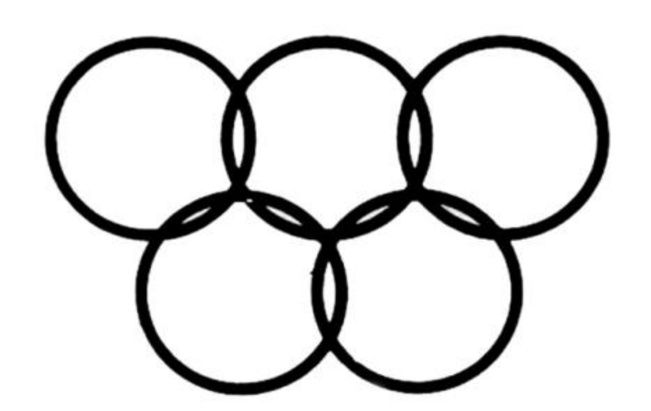

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
EL ULTIMO
TANTO
Alex
Simmons



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

EL ÚLTIMO TANTO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 29
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 8475180485
Depósito legal: B. 30.0601982

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N.152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Antoine!

Al llamar a su hijo, el viejo Thomas no se volvió. Toda su atención se concentraba en la pantalla del televisor de la que no separaba los ojos un solo instante.

—¡Antoine!

Estaba furioso.

En la pantalla —una transmisión vía satélite desde Los Ángeles, en directo— se desarrollaba la última fase de un partido de frontón en la modalidad de cesta punta.

Había, en los ojos del viejo Thomas, luces que se movían velozmente, como luciérnagas.

—¡Vamos, hijo! ¡Hazlo! —gritó.

Las dos parejas se movían febrilmente en la cancha. Se oía el estampido de la pelota cuando chocaba contra la pared, un brusco chasquido, como una minúscula detonación.

Las cestas cazaban en el aire a la pelota como a un furioso y huidizo insecto; luego, décimas de segundo más tarde, brotando del incurvado camino de mimbre, la pelota volvía a surgir, disparada velozmente hacia el muro.

Las dos parejas estaban empatadas.

Pero eso no preocupaba al viejo Thomas. Sabía perfectamente que, de un momento a otro, su hijo Pierre —cuyo apodo deportivo era «Iñaki»— lanzarla su famoso «revés», vuelto de espaldas a la pared, en un gesto acrobático que demostraba su indudable maestría con la cesta punta.

Y aquel sería... ¡EL ÚLTIMO TANTO! El tanto de la victoria definitiva.

—¡Antoine! —gritó.

* * *

La idea había surgido del cerebro fecundo de François Lavaliére, un promotor deportivo que había aprendido muchos «trucos»

durante su larga estancia en los Estados Unidos.

Reuniendo a los mejores pelotaris, especialmente los vascos, tanto españoles como franceses, formó diez excelentes parejas, todas ellas especialistas en cesta punta. Y, ni corto ni perezoso, organizó una colosal *tournée* por todo el mundo, a fin, decía hipócritamente, de difundir internacionalmente un deporte que solo se conocía en algunos países.

Lavaliére era un hombre bajo y gordito, la estampa misma del hombre de negocios, perfectamente disfrazado de «deportista». A los que querían escucharle, gustaba afirmar que en su juventud había frecuentado las más importantes y famosas canchas del mundo de la pelota vasca.

Lo que olvidaba, fatalmente, era agregar que su presencia en el mundo de los pelotaris se había hecho siempre con un puñado de boletos de apuestas en la mano, y que gracias a ese «deporte» había reunido una buena cantidad de dinero.

De todos modos, lo que no podía negarse era que Pierre tenía un gran olfato para los negocios y un profundo conocimiento de la psicología de la gente.

Tiempo tuvo, en su larga vida, de comprender cuanto hombres y mujeres aman exponer su dinero con la esperanza de ganar diez veces lo que arriesgan.

El juego, esa era la base —a los ojos de la Lavaliére— sobre la que se cimenta la ambición humana: desde la Bolsa, pasando por toda clase de loterías y rifas, casinos y bingos, la humanidad persigue incansablemente una fortuna que le proporcione el azar, con poco o ningún esfuerzo.

Por eso, desde el comienzo de la gira que organizó, empezando por los Estados Unidos de América, Pierre cosechó lo que deseaba: dinero, ya que impuso el control exclusivo de las apuestas bajo el sutil disfraz de la deportividad.

Sus equipos llevaban jugando seis semanas en Los Ángeles, y los beneficios estaban resultando de acorde con las previsiones de *monsieur* Lavaliére.

El astuto «deportista» podía estar satisfecho.

Y con razón.

* * *

Louis miró a su hermano Pierre.

Faltaban apenas dos minutos para terminar el partido. Al recibir la mirada de Louis, Iñaki esbozó una sonrisa tranquilizadora.

Sacó un contrario, con todas sus fuerzas. Moviéndose a una velocidad portentosa, Iñaki retrocedió y, alzando el brazo, «cazó» implacablemente la pelota.

Entonces, girando sobre sí mismo, volvió la espalda a la pared, al tiempo que su brazo describía un semicírculo perfecto.

Saliendo de la cesta, la pelota se precipitó hacia la pared como una exhalación.

Los dos jugadores contrarios se aprestaron a cogerla.

Pero, como siempre, de forma inverosímil, la pelota, al rebotar, como guiada a distancia, salió del muro en una dirección imposible de prever.

Alargó un contrario la cesta, se precipitó el otro en su ayuda.

Perdieron el tiempo.

Como un meteoro, la pelota pasó cerca entre los dos, yéndose a perder por la línea de fondo.

Era el tanto de la victoria... ¡el último tanto!

* * *

Los ojos del viejo Thomas brillaron triunfalmente. Su hijo Antoine, el menor de los tres, había llegado a tiempo ante el televisor para ver la jugada maestra de Iñaki, que había conseguido el último tanto.

—¿Te das cuenta, Antoine? Los Itigurri seguimos siendo los mejores... como tu abuelo Pachu, así le llamaban aunque su nombre era Claude. ¡Un verdadero campeón! De él ha heredado, sin duda alguna, esas cualidades que posee Pierre.

—Así es, padre.

El viejo miró inquisitivamente a su hijo.

—¿Qué diablos te ocurre? —inquirió con un gruñido—. Y hablando de pelota vasca, ¿te has entrenado esta mañana?

—No.

Los ojos de Thomas lanzaron peligrosas chispas.

—¿Por qué no? —preguntó con voz tonante.

—Te lo dije anoche, padre. Tenía exámenes...

El viejo lanzó un nuevo gruñido.

—Exámenes… —su voz estaba cargada de desprecio—. ¡Todo eso son bobadas! Tú eres un Itigurri, un jugador nato como todos nosotros…

Bajó la cabeza, ensimismándose unos instantes en su pie ortopédico, el izquierdo.

—Como todos nosotros… —repitió—. Como yo también lo hubiese sido a no ser por esa maldita guerra que se me llevó el pie izquierdo… —suspiró—. ¡Pero tú estás entero, por cien mil diablos! Eres de nuestra casta… te he visto jugar y estoy seguro de que llegarás muy lejos.

—Yo quiero ser policía, padre.

—¡Policía! —estalló Thomas—. ¡Un «pies planos» en mi familia! ¡Uno de la «bofia» en mi casa! ¡Es para morirse!

Y riéndose, aunque de muy mala gana:

—Me moriré de vergüenza el día que te vea en la calle, con una porra blanca en la mano, regulando el tráfico…

—Bien sabes que no es eso lo que deseo, padre. No voy a ser agente ni policía en uniforme… tengo estudios…

—¡Claro que tienes estudios! ¡Como si yo no lo supiera! Y, dime, jovencito, ¿quién ha pagado esos estudios? ¿De dónde ha salido el dinero para ellos?

Antoine bajó la cabeza, enrojeciendo.

—No debías decirme eso, padre…

—¿Por qué no? En esta casa, en casa de los Itigurri, siempre se ha hablado claro, se ha dicho la verdad. El dinero para tus estudios, para tus libros y tus cursos… ha salido de lo que tus hermanos han ganado en la cancha.

—Les devolveré hasta el último franco…

—¡Y te lo tirarán a la cara! ¿O crees que te han ayudado para que se lo devuelvas?

—Tú me lo estás echando en cara…

—¡Yo hago lo que me da la gana!

Antoine lanzó un suspiro.

—Escucha, padre… sabes que he estudiado mucho y que he aprobado, con excelentes notas, todos los cursos precedentes. No quiero ser un policía corriente y vulgar. Deseo ingresar en la Interpol…

—¿Y eso qué es?
—La policía internacional, padre.
Thomas lanzó un bufido.
—Por lo menos, hijo mío —dijo sonriendo con sorna—, tendrás, como tus hermanos, categoría internacional...
—Entonces... ¿permites que pase el último examen?
El viejo le fulminó con la mirada.
—¿Y desde cuándo te he impedido hacer lo que te venía en gana? ¡Yo no soy un tirano...! ¡Todo lo contrario! Los Itigurri hemos sido siempre muy liberales y patriotas...
—Gracias, padre...
—¡Vete al infierno! Es decir, no, no te vayas... quiero decirte algo más. De acuerdo con eso de la Im... per... tol...
—Interpol, padre.
—¡Lo que sea! De acuerdo con eso, pero sin que dejes de entrenarte. Porque estoy seguro de que un día u otro, la sangre reclamará lo que le debes... y dejarás esa «pol» de los demonios para convertirte, como tus hermanos, en un famoso pelotari.

* * *

Fred O'Hara se volvió ligeramente hacia el gordo Watson, su consejero general.
—¿Y dices que es francés?
—Sí —repuso Harold Watson—. Se llama François Lavaliére.
—Un tipo listo —repitió.
—Desde luego.
—¿Qué más sabes de él?
—Muy poco. Apostaba, de joven, en las canchas. Hizo un poco de dinero. Luego, hace un año, se le ocurrió la idea de la gira...
—Un tipo listo.
—Desde luego.
Fred chupó glotonamente el extremo húmedo de su habano. Un poco de humo azulado escapó por las comisuras de su boca.
—¿Cuánto crees que saca cada noche?
—No puedo decírtelo con certeza, Fred.
—¿Aproximadamente?
—Veinte de los grandes.

—... más los derechos de transmisión de televisión...

—Eso es.

—Y tiene diez parejas.

—Sí.

—¿Crees que hace trampas?

—No creo que necesite hacerlas. Las porcentajes de las apuestas son suficientemente sustanciosos, pero es posible...

—¿Qué haga trampas?

—Sí.

—Es un tipo listo.

—Lo es. Conoce a la gente. Aquí, todo el mundo se ha acostumbrado a ver ganar a esa pareja que acaba de obtener la victoria. Pero ya sabes cómo es la plebe, Fred. Basta que haya un ganador seguro para que apuesten por el contrario... es lo más tentador y lo que más «pasta» puede proporcionar.

—Es cierto.

—¿Tienes algo en mente?

—Pudiera ser.

—¿Puedo hablarte con franqueza?

—Para eso te pago.

—Yo no veo negocio en esto, Fred, al menos como ese franchute lo tiene organizado.

—Tienes razón.

—¿Entonces?

—Escucha, gordo. Hace quince años que me gano la vida con las apuestas: caballos, lucha libre, boxeo... ¿no crees que empiezo a saber un poco de todo ese chanchullo?

—Sabes más que nadie, Fred.

—¡Gracias! Tendremos que madurarlo... ¿cuánto hemos perdido apostando a los perdedores?

—Seiscientos pavos.

—Vámonos. Tenemos que hablar en mi casa... desde luego ese francés es un tipo listo...

* * *

—¿Y bien? —inquirió la muchacha.

Antoine hizo cuanto pudo por mantener la expresión triste de su

rostro; pero, finalmente, sin poder más, se echó a reír.

—¡He aprobado, Marie!

Ella le miró con los ojos brillantes.

—¿De veras?

—Sí. Fue muy duro... puedes creerme. Todos los concursantes a esa plaza lo pasamos muy mal. Yo no estaba tan seguro de mí mismo cuando vi los temas... ¡pero conseguí la plaza!

—¡Es maravilloso!

—¿Solo eso?

—¿Qué quieres decir?

—Con franqueza, esperaba un beso...

—¡Te daré mil!

Salieron, cogidos del brazo, de la estación de Biarritz. El llevaba la maleta, y Marie había cogido el paquete con el regalo que Antoine le había traído de París.

—¿Qué tienes que hacer ahora? —le preguntó ella al cabo de un largo silencio.

—Tengo que volver a París para incorporarme a mi trabajo.

Marie se mordió los labios.

—¿Cuándo?

—Tengo que estar allí a primeros de mes.

—¿Dentro de diez días?

—Eso es.

Ella volvió la cabeza, pero Antoine, dejando la maleta en el suelo, la cogió por la barbilla, haciendo que le mirase de frente.

Marie estaba llorando.

—¿Puede saberse a qué vienen esas lágrimas? —preguntó él.

—No es nada...

—Escucha, Marie... Hemos hablado muchas veces de esto. Tenemos perfectamente estudiados nuestros planes. Ya sabes que si fuera por mí, nos casaríamos hoy mismo...

Le acarició dulcemente los cabellos.

—Seis meses, querida... seis meses y volveré para casarme contigo y llevarte a París. ¿Por qué tienes qué llorar, si hoy es uno de los días más maravillosos de nuestra vida?

—Perdona.

—Hemos soñado mil veces en estos exámenes, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Entonces, ¡alegra esa cara! Y piensa en lo que me espera cuando regrese a casa.

—Tu padre...

—Sí, mi padre. Un hombre al que adoro, pero al que al mismo tiempo, con harto dolor de mi corazón, detesto.

—No es un mal hombre, Antoine.

—¿Y quién dice que lo sea? Pero es un gruñón inveterado, un hombre difícil, que cree vivir en los viejos tiempos de las familias vascas, cuando la autoridad del jefe de la familia era poco menos que divina.

—Ten paciencia.

Él se echó a reír.

—¿Paciencia? —dijo—. No conozco otra cosa desde que levantaba un palmo del suelo, cariño. He derrochado toneladas de paciencia durante toda mi vida, igual que mis hermanos.

—Hablando de ellos: anoche volví a verlos en la televisión. Son extraordinarios, Antoine. Sobre todo, Iñaki.

—Es un genio jugando, lo sé. Los dos juegan maravillosamente bien... los adoro y los quiero, pero yo sé que nunca habría conseguido igualarles, a pesar de las ideas de mi padre.

—Tú no eres como ellos, Antoine.

—No, desde luego que no. Lo quiera padre o no, yo no he heredado esas magníficas cualidades de deportista. He jugado mucho, es verdad, pero jamás he experimentado el placer que ellos tienen en cuanto calzan la cesta punta.

Habían llegado cerca de la casa de los Itigurri.

—¿Vienes? —inquirió Antoine.

—No lo creo prudente, no en estos momentos. Nos veremos luego, donde siempre.

—Bien.

La besó, alejándose luego con paso apresurado.

CAPÍTULO II

Hombre acostumbrado a tejer telas de araña, el gordo Watson movilizó a una media docena de hombres, de la pandilla de Fred O'Hara, dedicándolos a la estrecha vigilancia y al estudio de los hechos y milagros de François Lavaliére.

Una semana más tarde, en la lujosa mansión de Fred, en el Hamilton Boulevard, Harold estaba en disposición de informar ampliamente a su jefe.

Desdichadamente, Watson no poseía los «elementos» de los que hubiera deseado disponer.

—Ese tipo —explicó— lleva una vida de monje de clausura.

—¿Qué quieres decir?

—Que no fuma, no bebe, no sale, no frecuenta a chicas. Yo creo, jefe, que en cuanto terminan los partidos, se mete en la habitación de su hotel para contar el dinero que ha ganado.

O'Hara dio un mordisco a su puro.

—Es un tipo listo —dijo.

Hubo un largo silencio. Al otro lado del salón, lejos de los dos hombres sentados ante una mesita donde tronaba una botella de *whisky*, estaban los guardaespaldas de Fred.

Eran cinco, y se llamaran como se llamasen, el «boss» les decía a todos Joe. En realidad, parecían haber salido del mismo molde: altos, brutales, con hechuras de púgil, frentes estrechas y cerebros microscópicos.

Fred lanzó un gruñido.

—Hubiese preferido no tener que «meterme» con los muchachos —suspiró.

Watson no dijo nada.

Cuando el jefe reflexionaba, lo mejor era mantener la boca cerrada. Y era natural. O'Hara pensaba con dificultad, tan lenta y parsimoniosamente que era como si rumiase las ideas, masticándolas una y otra vez, con gran esfuerzo como lo demostraba su frente que se arrugaba como una pasa.

—Hay que golpear en el punto más sensible —dijo.

Nuevo silencio del gordo.

Fred echó mano a su vaso, tomando un sorbo. Las arrugas de su frente se habían intensificado.

—¿Cuánto tiempo tarda en curar una fractura?

—Depende de qué clase de fractura —repuso el gordo con prudencia.

—Una «pata» o un «remo».

—Puedes contar unos 40 días, Fred, más dos o tres semanas de recuperación.

—¡Demasiado tiempo!

Volvió a dar una chupada a un puro; luego, sin volverse:

—¡Joe! —llamó.

Los cinco hombres se movieron al unísono, acercándose a los otros dos.

—¿Sí, jefe? —preguntaron los cinco al mismo tiempo.

—Quiero que rompáis la cara a un tipo. Pero, nada de exageraciones, ¿eh? Unos golpes bien dados que no exijan más de media docena de puntos. Deseo que ese tipo se quede sin trabajar más de dos días. ¿Entendido?

—Sí.

—Actuaréis esta misma noche, después del partido. Una cosa: ese tipo... ¿cómo se llama el hermano del campeón, gordo?

—Louis, jefe.

—Ese Louis va siempre con su hermano. No quiero que el otro sufra ni un solo arañazo... vale lo que pesa en oro. Si le hacéis el menor daño, me haré un collar con vuestras orejas, ¿vale?

—Sí, jefe.

—¡Largaos!

Los cinco hombres salieron de la estancia.

Prudentemente, con voz apenas perceptible, Harold preguntó:

—¿Has pensado en Currigan, Fred?

—Sí. Iremos a verle cuando todo esté en nuestras manos. Mañana por la noche, mientras los muchachos se encargan de ese Louis, me traes al franchute aquí. ¿Visto?

—*Okay*.

—Luego, cuando hayamos montado el negocio, tú y yo iremos a ver a Currigan.

—Es lo más prudente, jefe.

—¿Qué vas a decirme a mí? Ya sé que no puede darse un solo paso sin el permiso de la Organización. Además, Currigan nos abrirá la puerta de las otras ciudades de los States, ¿no?

—Desde luego.

—Claro que está ese maldito veinte por ciento. En cuestión de «pasta», Currigan es un goloso.

—Depende de los beneficios que obtengamos. Si montamos bien el asunto, el veinte por ciento será lo bastante importante para que Currigan se muestre satisfecho.

—Eso espero.

* * *

Con su falsa sonrisa bonachona, François penetró en los vestuarios.

—Idos preparando, chicos —dijo a los hermanos Itigurri—. Salís a la cancha dentro de cinco minutos.

—Ya estamos preparados. ¿Contra quién nos toca hoy?

Era Louis quien había formulado la pregunta.

—Contra Ruppert y Lossen —repuso Lavaliére.

—¡Pan comido! —rio Pierre.

El rostro de François mudó bruscamente de expresión.

—Quisiera deciros algo…

—Te escuchamos.

—Las apuestas, como cada vez que jugáis vosotros, están diez a uno. Todo el mundo sabe qué vais a ganar.

—¡Y no se equivocan! —rio Louis—. ¿Cuándo vas a enterarte de que somos los mejores, François?

—Lo sé.

—¿Entonces?

El entrenador dudó unos instantes.

—Creo, sinceramente, que deberíamos dar, de vez en cuando, una sorpresa al público.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería bastante lógico que alguna vez perdieseis.

Iñaki se alzó como un gallo de pelea.

—¡Ni lo sueñes, François! Solo perderemos cuando la pareja adversaria nos gane por las buenas.

—Había pensado en mil dólares para cada uno, en concepto de prima, naturalmente…

Louis le fusiló con la mirada.

—¿Estás loco o qué? ¿Es que no nos conoces bien? Los Itigurri no se han vendido nunca. Si nos ganan un día, noble y lealmente, admitiremos la derrota como buenos deportistas que somos.

—El público empieza a aburrirse.

—¡Que vaya al circo! Si las cosas no van como pensabas, regresamos a Francia… y en paz. Pero no esperes que hagamos «tongo».

—Era una simple proposición.

—¡Olvídala!

—Está bien. Daos prisa.

Una vez solos, los dos hermanos se miraron largamente, en silencio.

—Esperaba algo así —dijo Pierre de repente.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Por qué?

—François es un hombre ambicioso. Gana mucho dinero, pero no con nosotros. Si perdiésemos, se haría rico. Quiero decir si perdiésemos de vez en cuando.

—Sí, es cierto. Pero no vamos a perder, ¿verdad?

Iñaki no dijo nada.

Un silencio molesto cayó sobre ellos. Finalmente, Louis, que ya no podía más:

—¿En qué estás pensando, hermano? —inquirió.

—En las tierras de *monsieur* Vincent.

—Las que el abuelo tuvo que vender cuando atravesó una mala época?

—Sí. Padre no deja de soñar con volverlas a comprar. Desgraciadamente, los nietos de Vincent piden una fortuna por ellas.

—Lo sé.

—Yo he calculado, pensando por la noche, que tendríamos que disponer de cien mil dólares para poder comprarlas.

El rostro de Louis se ensombreció.

—No estarás pensando en aceptar lo que ha dicho el viejo,

¿verdad?

—No, no... además, François es un avaro. El que nos haya ofrecido dos mil dólares demuestra que es un bandido. Necesitaríamos perder 50 partidos para conseguir ese dinero.

—Yo no estoy dispuesto a perder.

—Ya lo sé. Piensas en padre... y con razón. Se moriría de pena.

—Desde luego.

Un empleado de la cancha apareció en el umbral de la puerta.

—¡Tenéis que salir, muchachos!

—Ya vamos.

* * *

Ruppent lanzó una pelota muerta. Estaba seguro de conseguir así el tanto del empate.

Corriendo a toda velocidad, Louis, que jugaba de punta, intentó recoger la pelota, sin conseguirlo.

Un rugido hizo estremecer los graderíos.

Con los boletos en la mano, François se paseó por la primera fila.

—¡Once a dos! —gritó—. ¿Quién apuesta a la contra?

Sacó Louis, largo y potente. Respondió Lossen, el zaguero de la pareja contraria. Replicó el mismo Louis, desviando la pelota hacia la pared vertical.

Ruppent cortó certeramente la trayectoria, enviando al ángulo, con muy poca fuerza.

Louis corrió como un condenado, pero no pudo atrapar la pelota.

Esta vez, el rugido de la multitud fue homérico.

Se tendieron las manos hacia los boletos que François ofrecía. Por primera vez, los «invencibles» tenían dos tantos en contra. Nunca, hasta entonces, se había producido tal cosa. Las apuestas contra los hermanos subieron en pocos instantes.

—¡Siete a once! —cantó Lavaliére.

Aprovechando la pausa, Pierre se acercó a su hermano.

—¿Qué demonios estás haciendo, Louis?

—No he podido alcanzarla.

—¡Pega fuerte! ¡Saca con violencia! Obliga al zaguero a

contestar con pelotas largas… yo me encargo de lo demás.

—Está bien.

—¡Tenemos que ganar, Louis! Y olvida lo que dije antes… padre no podría resistirlo.

—Pierde cuidado.

Siguiendo las instrucciones de su hermano, Louis sacó muy fuerte, obligando al zaguero contrario a «despachar» la pelota con una gran violencia.

La pelota llegó al terreno de Iñaki.

Con una sonrisa en los labios, Pierre la cazó y, girando sobre sí mismo, lanzó uno de sus famosos tiros locos.

La pareja adversaria se dispuso, a los dos lados de la cancha, dispuesta a interceptar el tiro, saliera por dónde saliese. Comprendiendo la hábil maniobra, el público gritó de entusiasmo, y los que habían apostado en contra de los hermanos, se frotaron las manos.

La pelota llegó a la pared…

Y entonces, como si hubiera perdido todo su impulso, girando sobre sí misma como una loca, pegó en el muro y cayó, rozándolo, hasta el suelo.

Momentos después, fue Louis quien cortó un tiro adversario, clavándolo junto al ángulo, desviándolo de tal manera que su adversario no pudo ni rozarlo.

¡Empate!

Se deshincharon las esperanzas de los que esperaban ganar en las apuestas. Algunos espectadores, movidos por la cólera, desgarraron sus boletos.

François se mordió los labios.

Al pensar en los fabulosos ingresos que hubiera conseguido si los hermanos perdían, se sintió profundamente triste.

Empezaba a detestar sinceramente a los Itigurri.

* * *

—Tengo ganas de divertirme —dijo Pierre mientras se vestía.

—Tienes razón. Desde que hemos llegado a Los Ángeles, llevamos vida de monjes. ¿Vamos al cine?

—No. Estoy harto de las películas de televisión.

—Entonces, ¿qué propones?

—¿Por qué no vamos a un club?

—Ya sabes que no bebemos alcohol.

—¿Y quién va a obligarnos a hacerlo? Invitaremos a un par de chicas y serán ellas las que beban lo que pidamos. Podemos bailar... divertirnos un poco...

Louis se quedó pensativo.

—¿Cuánto costará eso? —inquirió.

Era quien llevaba las cuentas y el que guardaba el dinero que ambos ganaban. Una vez por semana, muy ufanos, los Itigurri enviaban el dinero a Biarritz, guardando solamente lo necesario para sus pequeños gastos.

—No sé.

—¿Crees que habrá bastante con veinte dólares?

—No lo creo.

—¡Bueno! —suspiró Louis—. Cogeré cincuenta, pero será por última vez. El dinero lo necesita padre y nuestro hermano pequeño.

—Me pregunto lo que estará haciendo Antoine.

—¿Qué quieres que haga? ¡Estudiando como un burro! Es un empollón de marca.

—Y un buen chico.

—Nadie ha dicho lo contrario.

Hubo una pausa, mientras terminaban de arreglarse.

—¿Sabes una cosa, hermano? —preguntó Pierre.

—¿El qué?

—Envidio a Antoine. Y admiro su valor. Es el único de la familia, en tres generaciones, que se ha atrevido a hacer lo que quiere.

Louis se echó a reír.

—Prefiero un mal partido que tener que hacer cara a padre.

—¡Y que lo digas!

—Antoine tiene mucho valor, es verdad. Enfrentarse al viejo no es moco de pavo.

—Es curioso...

—¿El qué?

—Que vayamos a tener un hermano policía. Estoy seguro de que es el primer caso que se da en los Itigurri, que han sido siempre pelotaris.

—Alguna vez tenía que ser. ¿Vamos?
—Vamos.

* * *

El gordo se dirigió a los Joe.
—¡Ahí salen! Louis es el más bajito. No olvidar lo que os dijo el jefe... ¡adelante!
La salida del local desembocaba en una estrecha calleja, apenas iluminada por una solitaria farola. Cubos de basura se veían por todas partes. La callejuela desembocaba, cincuenta metros más allá, en una avenida profusamente iluminada.
Los Joe se movieron con gestos matemáticos. Al llegar a la altura de los pelotaris, el grupo se dividió en tres partes: una pareja se apoderó de Pierre, sujetándolo con fuerza; lo mismo hizo la otra pareja con Louis.
—¿Eh?
—¿Qué significa esto?
El Joe que trabajaba solo se acercó a Louis.
—¡Cierra el pico, muñeco! Tú eres Louis, ¿verdad?
—Sí, pero quisiera saber...
No tuvo tiempo a seguir hablando.
La mano derecha de Joe, que empuñaba un puño americano, cayó brutalmente sobre su rostro. Un solo golpe, pero perfectamente aplicado, destrozado el hueso de la nariz.
Pierre se debatía como un loco entre los brazos que le sujetaban.
—¡Soltadme, cobardes! Os voy a hacer trizas...
El Joe solitario se acercó a él, no sin antes quitarse el arma de la mano.
—Me hubiese gustado romperte también a ti las narices, escandaloso —gruñó.
Su puño derecho salió disparado, chocando con la barbilla del vasco.
—Dejadle en el suelo —dijo el Joe—. Con la dosis que le he dado, dormirá un buen rato.
Louis yacía sin conocimiento sobre los adoquines.
—Larguémonos —dijo el Joe que había actuado.
Y se fueron.

* * *

Con la cartera bien repleta de billetes —aunque habría querido llevar muchos más—, Lavaliére salió por la puerta principal, dispuesto a coger un taxi que le condujera al hotel.

—¡*Monsieur*!

Un hombre de cara regordeta le estaba llamando desde el interior de un imponente Cadillac negro.

—¡*Monsieur*!

François se acercó, intimidado por el lujoso coche.

—¿Sí?

—Tenga la amabilidad de subir —le dijo Watson—. Mi director desea hablar con usted de negocios.

Lavaliére dudó.

Por un lado, la palabra «negocio» le había producido escalofríos de placer; pero, por otro lado, el dinero que llevaba consigo le hacía mostrarse muy prudente.

—Lo lamento —dijo—, pero no tengo tiempo...

Un empujón brutal le lanzó al coche. No se había percatado que el conductor, un hombre alto y fuerte, se había acercado silenciosamente a él, por la espalda.

Al caer en el asiento, de mala manera, François se encontró ante el cañón de una pistola de pequeño calibre.

—No haga el estúpido, amigo —gruñó el gordo—. No va a pasarle nada... a menos que haga el idiota.

—Pero ¿qué significa esto?

—Ya se lo he dicho. Un hombre muy importante desea hablar con usted... ¡Vamos, Jimmy! —lanzó al conductor que había ocupado su puesto tras el volante.

Quince minutos más tarde, el vehículo penetraba en el parque que rodeaba la gran propiedad de Fred O'Hara, y poco después entraba el francés, seguido por el gordo, en el inmenso salón en el que se hallaba el *gangster*.

—Tome asiento, amigo —le dijo Fred con una sonrisa burlona a flor de labios.

Lavaliére obedeció.

—¿Un trago?

François lo necesitaba y lo aceptó con una sonrisa, o una mueca,

de agradecimiento.

O’Hara le miraba sin dejar de sonreír.

—Es usted un tipo listo.

—Gracias.

—Pero podía serlo más.

—No entiendo.

—Pronto lo comprenderá...

En aquel momento sonó el teléfono. El gordo se precipitó hacia el aparato, lo descolgó y escuchó atentamente durante unos instantes. Luego colgó.

—¿Y bien? —inquirió Fred.

—Está en el Bellevue Hospital, habitación 222.

O’Hara se volvió hacia el francés.

—Ya lo ha oído usted, Louis Itigurri está en el hospital.

—¿Eh? —exclamó François estremeciéndose—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Un accidente? Tengo que ir a verle... —agregó incorporándose.

—¡Siéntese!

Obedeció.

—Pero...

—¡Silencio! Louis no tiene nada grave... un par de días de reposo y volverá a la cancha. Ordené a uno de mis chicos que le golpease.

—¿Usted?

—Sí. Podría haberle roto las dos piernas o haberle dejado ciego. Y eso es lo que ocurrirá, no solamente con Louis, sino con todos sus pelotaris, uno a uno. ¡Los destrozaré!

—Pero ¿por qué?

—Por capricho. A menos que usted y yo trabajemos juntos.

—No entiendo nada.

—Vas a comprenderlo enseguida —dijo Fred tuteándole por vez primera—. Si yo pudiera hacerme cargo de esos chicos, ya estarías muerto...

François se estremeció de nuevo.

—Pero eso es imposible. Son todos extranjeros y están protegidos por embajadas y consulados. Además, me gusta trabajar en la sombra. Es mucho más cómodo y la «poli» no mete las narices donde no le importa.

Hizo una pausa.

—Pero si tú trabajas para mí, la cosa será distinta. Seré yo quien maneje el asunto y tú te limitarás a seguir haciendo el papel de figurón.

—¿Y qué voy a ganar con ello?

—Lo suficiente, pero ni un centavo más. A menos que desees acabar con un cuchillo plantado entre las paletillas.

—Haré lo que usted quiera.

—Eso me gusta. Sabía, desde el principio, que eras un hombre listo.

Y después de dar una chupada al habano.

—Las cosas van a cambiar, «franchute». Hay mucho dinero a ganar con esos chicos, pero solo si obramos con vista. Aprovecharemos las dos semanas que os quedan de estar en Los Ángeles. Vamos a enloquecer a los apostadores. Anunciaremos un partido en contra de esos dos hermanos… y perderán.

—Va a ser difícil. Usted no los conoce.

—Eres tú quien no va a conocerlos dentro de poco. Les convertiré en mansos corderillos. Ya verás.

—Son muy testarudos.

—No importa. Me encantan los huesos duros de roer. Deja las cosas en mi mano, y O'Hara te demostrará que sabe hacerlas bien.

CAPÍTULO III

El Santa Mónica Hotel era el lugar que Lavaliére había elegido para sus muchachos. Situado al norte de la ciudad, en un lugar tranquilo, cerca de la playa, reunía todas las condiciones necesarias para la vida de unos deportistas.

Aquella mañana, mientras los hermanos Itigurri tomaban el sol, tendidos en la fina arena, François caminó hacia ellos, tras saludar a otros componentes de su equipo que, como Pierre y Louis, aprovechaban las excelencias de aquel clima ideal.

El promotor estaba aún bajo la impresión de la visita que, días antes, había hecho, por la fuerza, a aquel hombre poderoso que, sin duda alguna —pensaba el francés—, pertenecía a la Mafia.

De muy buena gana, Lavaliére hubiera cogido a sus muchachos y, tomando el primer avión, regresado a Europa.

No era un hombre valiente ni muchísimo menos.

Pero la facilidad con que había ganado dinero —tenía casi doscientos mil dólares después de haber pagado todos los gastos—, era una tentación demasiado fuerte como para empujarle a que huyese de allí.

Las cosas que habían ocurrido, tan inesperadamente, habían trastocado todos sus planes, ya que no era tan tonto como para ignorar que el tal Fred O'Hara se llevarla la tajada del león.

En el fondo, no le preocupaba mucho haber caído en manos de la Mafia; si hubiese tenido la seguridad de que se respetarían íntegramente sus beneficios, habría seguido durmiendo a pierna suelta…

De todas formas, el mafioso le había asegurado que «ganaría lo suficiente»; pero ¿qué era lo suficiente para aquel hombre?

—¡Mis hermosos sueños se han ido al garete! —masculló amargamente mientras caminaba sobre la arena—. Todo lo que deseaba era reunir el suficiente dinero para comprar una hermosa finca en la Costa Azul y retirarme allí tranquilamente…

Claro que la «finca» en la que François había puesto los ojos, era una de las mejores de la región de Cannes, un suntuoso palacio que

había pertenecido a un rico armador griego y que estaba en venta desde hacía un año.

Tampoco era cierto que Lavaliére pensase retirarse.

Visitando la finca, había encontrado sitio suficiente e idóneo para hacer construir una cancha. Allí pensaba llevar a cabo la segunda parte de su plan: ofrecer el espectáculo, dos veces por semana, de partidos selectos, entre parejas de jugadores de cesta punta, lo que le permitiría seguir manejando las apuestas.

No había nada que hacer: había nacido apostador y moriría siéndolo.

—¡Hola! —saludó tomando asiento junto a los hermanos.

Concentró su atención en el rostro de Louis en el que aún se veía el trazo de los puntos que tuvieron que darle en la nariz, todavía algo hinchada.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Mucho mejor —repuso el aludido—. ¿Has averiguado algo?

François lanzó un suspiro.

—He vuelto a estar con la policía —explicó—. El inspector Master, de la brigada 88, la del sector donde fuiste atacado, me ha asegurado que siguen investigando... ¡pero todo eso ha sido tan extraño!

—Era una banda organizada —intervino Pierre—. Lo tenían todo preparado y muy bien estudiado. Nos sujetaron, a Louis y a mí... y luego, el quinto tipo golpeó a mi hermano antes de dejarme fuera de combate.

—El inspector Master afirma que se trata de una pandilla de gamberros o de drogadictos.

—¡No es cierto! —exclamó Louis—. No eran tan jóvenes como para ser gamberros ni tenían aspecto de tomar drogas. Iban correctamente vestidos y actuaron como verdaderos profesionales.

—Lo importante —intervino Pierre— sería conocer el motivo del ataque a mi hermano, porque iban por él, de eso no hay la menor duda.

—Puede que se trate de algunos locos que perdieron mucho en las apuestas.

—No —insistió Louis—. Te digo que estaban perfectamente organizados y adiestrados. ¿Has oído hablar de la Mafia?

François se estremeció.

—Como todo el mundo…

—Yo sospecho de algo parecido —dijo Pierre—. Louis tiene razón. Nuestras continuas victorias han debido molestar a alguien importante. Y ese alguien desea intervenir en nuestra gira.

—¡Eso no es posible! —protestó el francés con vehemencia—. Para hacerlo, tendrían que pasar por encima de mi cadáver.

—Sea lo que sea —dijo Pierre—, no estamos dispuestos a correr un nuevo peligro. Hemos hablado con los otros compañeros y tomado algunas medidas de seguridad.

—¿Cómo cuáles?

—Saldremos todos juntos. Hemos contratado un autobús que nos llevará cada noche al hotel. Iremos todos juntos… y no creo que alguien se atreva a atacar a veinte hombres dispuestos a todo.

—Muy bien hecho —suspiró Lavaliére.

Y después de una corta pausa:

—He venido a veros porque se me ha ocurrido una idea.

—Habla.

—Nos quedan dos noches en Los Ángeles. Además de los partidos corrientes, quiero hacer que el público se estremezca de emoción. Esas dos noches, quiero que os enfrentéis a Imurra y Zoresti que, con vosotros dos, son los mejores del grupo. Serán dos partidos, uno cada noche, que espero levantarán a los espectadores de sus asientos.

Una sonrisa flotó en los labios de Pierre.

—No te entiendo, François —dijo—. Sabes muy bien cuál será el resultado de esos dos partidos. Esos muchachos son muy buenos… pero perderán las dos noches seguidas.

—Eso no importa —mintió Lavaliére—. Lo interesante es dar emoción a los partidos.

—¿Qué insinúas?

—Pensaba que el primer encuentro puede desarrollarse de manera normal, como siempre, terminando por una clara victoria vuestra.

—¿Y el segundo? —inquirió Pierre con una sonrisa maliciosa.

—Podríais dejar que os tomasen una cierta delantera: dos o tres tantos, manteniéndola hasta el final.

Louis frunció el ceño.

—Olvidas que esa pareja es muy buena, y que remontar un par

de tantos, frente a ellos, no es moco de pavo.

—Vosotros podéis hacerlo.

Pierre se sentó en la arena, mirando intensamente al promotor.

—Me das pena, François —dijo hablando con lentitud—. Cuando viniste a buscarnos, a Biarritz, me convenciste de que solo te guiaba tu amor por la pelota vasca, que eras un «forofo» de la cesta punta y que lo único que deseabas era hacer conocer nuestro deporte al mundo…

—Y eso es cierto.

—Bien sabes que no. ¿O nos tomas por tontos? No piensas más que en las apuestas y en el dinero que ganas con ellas. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Si no fuera porque también nosotros necesitamos el dinero, ¡nos habríamos largado hace tiempo!

—No creo haberme portado mal con vosotros. Os pago bien…

—Lo justo, François, solo lo justo —replicó Pierre—. Pero no nos quejamos de eso.

—Entonces, de lo que hablábamos antes…

Louis lanzó un suspiro.

—No cuentes con nosotros para ninguno de tus trucos, amigo mío. Y a ver si te lo metes de una vez para siempre en la cabeza. Mientras nos sea posible, mi hermano y yo no perderemos un solo partido. Somos deportistas, antes que nada. Compréndelo. Procedemos de una familia de pelotaris y defendemos nuestro nombre. ¿Queda claro?

Lavaliére torció el gesto.

—Completamente —dijo levantándose.

* * *

Estaba acostumbrado a que el lujoso Cadillac viniera a buscarle al hotel; pero, mostrándose prudente, François había decidido que el coche se detuviera cien metros más lejos, ya que no deseaba que sus «chicos» le viesen.

Cuando penetró en el salón de la villa de O’Hara, lo hizo con mayor soltura y confianza, estrechando familiarmente la mano que le tendió el mafioso.

Luego tomó asiento.

—¿Y bien? —le preguntó Fred.

—No quieren ceder, señor O'Hara.

—¿Qué quieres decir?

El francés explicó lo que había hablado en la playa con los hermanos Itigurri.

—Esperaba convencerles —siguió diciendo— de que se dejaran adelantar dos o tres tantos. Conozco a sus oponentes y sé que ni siquiera Iñaki podría salvar esa distancia. Por eso se negaron. Saben que, con tres tantos en contra, no ganarían.

—Entiendo —sonrió Fred.

Echó mano a su caja de habanos y tras haber cortado la punta, lo encendió con estudiada parsimonia.

—Esta noche es el primer partido, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien. Dejémosles ganar. Pasado mañana, en el partido de vuelta, perderán.

—Yo no estaría tan seguro, señor O'Hara.

—Déjalo de mi cuenta.

François se pasó la lengua por los labios, visiblemente nervioso. Había llegado el momento de hacer una pregunta que le quemaba por dentro.

Hizo acopio de todas sus energías.

—Quisiera decirle algo, señor O'Hara.

—Habla.

—Se refiere a... mi parte.

Fred sonrió de nuevo.

—Si obedeces ciegamente mis órdenes —dijo—, te prometo las mismas ganancias que hasta ahora: treinta de los grandes cada noche, ¿no era eso lo que sacabas?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Yo sé todo, Lavaliére. La semana que viene, iremos a Nueva York donde haremos diez actuaciones, pero a mi modo. Y ahí es donde entras tú, si es que quieres ganar dinero. De cada cinco partidos, cuatro estarán trucados, lo que quiere decir que ganará la pareja sobre la que se haya apostado menos. En cuanto a las dos parejas importantes, haremos exactamente lo que aquí: primero ganarán los Itigurri y después los otros. ¿Te crees capaz de controlar

a tus muchachos?

—Sí, desde luego que sí… pero esos hermanos.

—¡Ya te he dicho que de esos dos me encargo yo!

* * *

—¡No hay derecho! —gruñó el viejo Thomas—. Llevan dos semanas sin trasmitir un solo partido.

Marie sonrió.

Desde la marcha de Antoine, pasaba todas las tardes por la casa de los Itigurri, cumpliendo así la promesa que le había hecho a su prometido.

Porque, a pesar de que el viejo no vivía solo —tenía una criada tan vieja y casi tan gruñona como él, llamada Ivonne—, la compañía de Marie parecía hacerle mucho bien, aunque no fuese más que por tener alguien con quien discutir.

—Han anunciado que darían los dos últimos partidos que jugarán en Los Ángeles —dijo ella.

—¡Menos mal! Leo toda la prensa deportiva y me paso horas enteras ante la radio… pero me gusta verlos, pequeña, me gusta ver a mis hijos. Es como si estuviese en la cancha, en primera fila.

—Esta noche televisarán el primer partido de los dos que van a jugar contra esos otros dos vascos.

—¿Te refieres a Imurra y Zoresti?

—Sí.

El viejo se encogió de hombros.

—¡Pan comido, Marie! Mis hijos les darán una buena paliza. Ya aquí, en Biarritz, hace tres años, les ganaron con toda facilidad.

Ella volvió a sonreír.

—También yo estoy segura de la victoria —dijo.

Thomas acabó de cargar su pipa, encendiéndola con una brasa de la chimenea.

Dio unas chupadas, y sin volverse:

—¿Qué noticias hay de nuestro famoso detective? —inquirió con un tono de sorna en la voz.

Marie frunció el ceño.

—Excelentes noticias, señor. Antoine ha sido destinado a la sección criminal.

—¿Ah, sí?

—Sí. No sé exactamente cuál es su trabajo, pero tengo una gran fe en él.

—Más la tendrías si fuera pelotari como sus hermanos.

Ella no dijo nada.

Se había acostumbrado al carácter de Thomas, y sabía muy bien que detrás de la coraza malhumorada del viejo se escondía un gran corazón y un amor intenso por sus hijos.

Él se volvió hacia la muchacha.

—¿Te quedarás esta noche conmigo? Quisiera que vieras el partido.

—Sí. Voy a llamar a mis padres para prevenirles.

El viejo se frotó las manos.

«Por lo menos —pensó—, tendré alguien con quien discutir».

* * *

—¿Te sigue doliendo? —preguntó Pierre.

—Un poco —repuso Louis—, pero no es nada. No te preocupes.

Estaban en el vestuario, preparándose para el partido. Hasta ellos, por la puerta entreabierta, llegaba el rugido de la gente y el golpear de la pelota en la pared de la cancha.

—Louis.

—¿Sí?

—Quiero que juguemos hoy como nunca. Estoy furioso. Vamos a dar una soberana paliza a esos dos.

Louis sonrió.

—¿Te puso furioso ese idiota de François?

—Sí, pero hay algo más...

—Habla.

—No estoy muy seguro, pero lo de los golpes que te dieron... y la actitud de Lavaliére. ¿No notaste cómo le brillaban los ojos?

—Estaba un poco raro, es cierto.

—Algo está tramando, hermano. Es un ambicioso que no piensa más que en el dinero. ¡Sería capaz de vender el alma al diablo!

—Me gustaría entenderte.

—A mí también me gustaría entenderlo, Louis. ¿Es que no viste cómo palidecía cuando le pregunté si sabía algo de la Mafia?

Louis miró intensamente a su hermano.

—¿No irás a pensar que los que me golpearon eran mafiosos?

—No lo sé.

El empleado de la cancha abrió un poco más la puerta.

—¡Tenéis que salir, muchachos!

—Ya vamos.

Pierre cogió a su hermano por el brazo.

—Jugarás como delantero, Louis —le dijo—. Ya conoces cómo juega Imurra. Le gusta matar todas las pelotas. Abre bien los ojos y pega con todas tus fuerzas. Yo me encargo de Zoresti.

—De acuerdo.

—Y no olvides que tenemos que darles una paliza que se recordará siempre.

—Como tú quieras, Pierre.

CAPÍTULO IV

—¿Un poco más de café?

—Sí, gracias —repuso el viejo Thomas que no separaba los ojos de la pantalla del televisor.

Marie le volvió a llenar la taza, sentándose a su lado, en otro de los sillones.

Tras la sintonía de Mundovisión, la cancha de Los Ángeles apareció en pantalla.

—¡Hay un lleno completo! —exclamó Thomas.

Y momentos más tarde:

—¡Ahí están mis hijos, Marie!

—Ya los veo.

Pero el viejo no la escuchaba y dirigiéndose a la pantalla:

—¡Vamos, hijos! Quiero que me hagáis pasar un buen rato. ¡Demostrad a esos dos que no valen para nada!

La voz del locutor hizo callar a Thomas.

—Señoras y señores… desde Los Ángeles nos complace retrasmitir, por vía satélite y en directo, el primero de los dos partidos que van a jugar, en la modalidad de cesta punta, las dos parejas que son, sin ninguna duda, las mejores del mundo…

—¡Mis hijos son los mejores!

—Por un lado —prosiguió el locutor—. Imurra y Zoresti, imbatidos hasta ahora en todos los partidos jugados con la selección formada por *monsieur* Lavaliére… excepto, naturalmente, en lo que se refiere a la segunda pareja, formada por los hermanos Itigurri..

—¡Esos son mis hijos!

—Esta noche va a jugarse el primer partido, al que seguirá, mañana a esta misma hora, el encuentro definitivo.

El locutor hizo una pausa.

—Es muy posible que se extrañen ustedes de que hable así, pero todo el mundo espero, incluso el promotor, que este encuentro acabe en empate o con una mínima diferencia a favor de alguna de las parejas.

—¡Ese hombre es idiota! —exclamó el viaje—. ¡No habrá

empate! ¡Mis hijos ganarán!

Marie sonrió.

—Las apuestas —siguió diciendo el locutor— se encuentran a la par, lo que quiere decir que nadie piensa en una rotunda victoria por una u otra parte...

—Decididamente, este tipejo no sabe lo que se dice.

—Y ahora, vamos a prepararnos para ver un excelente encuentro. El saque, por sorteo, corresponde a Imurra...

—¡Todavía les dan facilidades! —rezongó el viejo.

* * *

Louis estaba furioso; le dolían las cicatrices de los puntos y aquello le irritaba. Por eso, rabioso, cortó el saque de Imurra, echándose hacia atrás, penetrando casi en terreno del zaguero.

Devolvió con tanta fuerza la pelota, que Imurra no pudo alcanzarla.

Pierre sonrió.

Empezaba bien el partido. Sacó su hermano y Zoresti, desde atrás, devolvió con mucha fuerza. Esperando la llegada de la pelota, Pierre se dijo que iba a empezar enseguida con sus botes locos, y así lo hizo.

Los tantos se sucedieron a favor de los hermanos. De nada sirvieron los esfuerzos denodados que hizo la otra pareja. Durante el primer período, sus adversarios no consiguieron marcar un solo tanto.

Era la primera vez que aquello ocurría, y la gente bramaba en los graderíos. El escándalo se hizo tan grande, que el árbitro tuvo que interrumpir el curso normal del juego, ordenando a los pelotaris que regresasen a sus vestuarios durante quince minutos.

Una fila azul de policías uniformados se escurrió por el borde de la cancha adonde habían empezado a caer objetos de todas clases, lanzados por los furibundos espectadores.

—¡No hay derecho!

—¡Hay tongo!

—¡Siempre ganan los mismos!

—¡No sé por qué diablos hay apuestas!

François estaba asustado. Con una diferencia de tanteo tan

grande, el segundo y último partido no tenía razón de ser. Pensó en Fred O'Hara, y un sudor frío se le pegó al cuerpo.

Mirando hacia las primeras filas, vio al mafioso acompañado por su inseparable gordito. Los ojos de Fred estaban fríos como el hielo.

* * *

Abandonando el sillón, Thomas lanzó un rugido. Y volviéndose hacia la muchacha:

—¿Te das cuenta, Marie? ¡No hay derecho! ¡Ese público es un asco! ¡Demonios! ¿Es que no se han dado cuenta de que mis hijos son los mejores?

—¿Por qué han detenido el partido?

—Es por las apuestas, si nuestros chicos ganan por mucho tanteo, no habrá necesidad de jugar otro partido.

—Comprendo. Los organizadores contaban con los ingresos de mañana.

Thomas alzó los brazos al cielo.

—¡Ingresos! ¡Primas! ¡Subvenciones! ¡Beneficios! ¡Apuestas! ¡Porquería! ¿Y el deporte? Poco a poco, están corrompiéndolo... ¡es repugnante!

—Señor Itigurri...

—¿Sí, Marie?

—Mire. Parece que están anunciando algo en la televisión.

—¡Ah! Veamos...

Volvió a sentarse el viejo, concentrando su atención en lo que estaba diciendo el locutor.

—... y anunciamos con natural alegría que el juego va a reanudarse dentro de unos segundos. La calma ha vuelto a este hermoso local que la ciudad de Los Ángeles destina a un deporte que, como vamos comprobando, aunque casi desconocido en nuestro país, despierta el entusiasmo del público...

—¡Papanatas! ¡Qué sabéis vosotros de pelota vasca! ¡Puah!

* * *

Abriéndose paso entre los espectadores, el hombre alto y delgado, vestido de negro, con el maletín del mismo color en la

mano, fue a sentarse exactamente detrás de Fred O'Hara.

Toda la atención del público se concentraba en la cancha donde las dos parejas contendientes acababan de aparecer.

El hombre de negro se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Ya está hecho, jefe...

Sin volverse y sin elevar demasiado la voz, O'Hara preguntó, haciendo que el puro que tenía entre los labios se moviera de una comisura a otra:

—¿Dará resultado, «doc»?

—¡Desde luego!

—Ya sabe usted que no admito fallos, Spencer.

—No habrá fallo.

—*Okay*.

Fred se volvió hacia el gordito.

—Apuesta tres mil a la pareja que pierde hasta ahora, Harold.

—Sí, jefe.

Justo en aquel momento y mientras Watson recogía los boletos, el juego dio comienzo de nuevo.

* * *

—¡Venga, hijos! ¡Zurradles la badana!

Sacó Imurra, corto, devolvió con mediana fuerza Louis, volvió a golpear, muy fuerte esta vez, Imurra. Le pelota describió una amplia parábola.

Era una pelota fácil de recoger con la cesta; pero, de forma incomprensible, Pierre no la alcanzó.

—¿Eh? —rugió el viejo Thomas enrojeciendo como un tomate—. ¿Qué es eso, hijo? ¿Cómo has podido fallar?

—No tiene importancia —dijo Marie.

El viejo dijo algo ininteligible y siguió con la mirada clavada en la pantalla.

—¡Cielos! —exclamó poco después ante un fallo garrafal de Louis.

Marie le miró de reojo.

A medida que el partido avanzaba, los fallos de los Itigurri se sucedían de forma inconcebible. A los ocho minutos del encuentro, sus adversarios habían conseguido un empate.

Thomas estaba lívido.

—¡No puede ser! —repetía sin cesar.

A partir de entonces, dejándose caer pesadamente en el sillón, no volvió a pronunciar una sola palabra.

Marie le miraba con inquietud.

En la pantalla, las imágenes seguían haciendo patente la terrible derrota de los hermanos Itigurri.

Finalmente, al percatarse de que la mirada del viejo estaba vacía y que ni siquiera reaccionaba ante el desarrollo del encuentro, Marie, sin la menor vacilación, se levantó y apagó el televisor.

Luego miró al hombre.

El rostro de Thomas carecía de expresión. Tenía los ojos abiertos, pero como sin vida. Estaba ausente, como un autómata sin energía.

—¡*Monsieur*!

Intentó moverle del sillón, pero no pudo. El viejo era como una masa inerte, incapaz de la menor reacción, del más pequeño reflejo.

Marie se asustó.

Corrió hacia el teléfono; sus dedos temblorosos acertaron a marcar un número; luego:

—¿Doctor Damois? —inquirió con voz trémula—. ¡Tenga la amabilidad de venir ahora mismo a la casa del señor Thomas Itigurri! ¡Es muy urgente!

* * *

En los vestuarios, sentado uno frente al otro, los dos hermanos se miraban.

Habían abandonado la cancha con la cabeza gacha, bajo la lluvia de pitidos que brotaban de los graderíos. Fue al llegar al vestuario cuando reaccionaron un poco, percatándose, solo entonces, de lo que había ocurrido.

—Pero… —preguntó Louis—, ¿qué nos ha pasado?

—No sé.

—Yo me sentía flotar —siguió diciendo Louis—. En realidad, estaba tan seguro de mí mismo, que me hacía la ilusión de no fallar un solo golpe. Jamás, te lo juro, me sentí tan ligero como esta noche.

—Igual me ocurrió a mí.

Guardaron unos instantes de silencio. Después, bruscamente, Pierre alzó la cabeza, con los ojos llameantes.

—¡Maldita sea!

—¿Qué ocurre?

—¡No hay otra explicación, hermano!

—¿Qué quieres decir?

—Desde que llegamos aquí, no hemos hecho nada anormal. Jugamos una primera parte magnífica, como siempre. Y después... ¡No! ¡Tiene que ser eso, a la fuerza!

—¿A qué te refieres?

—A las Coca Colas que nos sirvieron en el medio tiempo, las que nos trajeron aquí...

—Pero siempre hacen lo mismo, Pierre.

—¡Ya lo sé! Esta vez, sin embargo, debieron echar algo dentro del líquido.

—No noté ningún sabor extraño.

—Tampoco yo, pero eso no demuestra nada. Quien lo hizo, era alguien listo, Louis.

—Un momento, un momento... no nos acaloremos. Vamos: ¿quién pudo hacer una cosa así?

—Lo ignoro.

—Y, ¿con qué motivo?

—¡Las apuestas! —explicó Pierre—. ¿Qué otro motivo puede haber?

—Crees que Lavaliére...

Pierre se encogió despectivamente de hombros.

—No, no creo que François se haya atrevido a algo así. Sabe que, si lo hiciese, le partiríamos la crisma.

—¿Entonces?

—No lo sé. Escucha, Louis: si deseamos saber la verdad, hemos de disimular. Si nos enfureciésemos, no conseguiríamos nada. Hay que observar a Lavaliére. Porque, aunque no lo creo el culpable directo, debe de andar mezclado en algo sucio.

—¿Y si regresásemos a casa?

Pierre se mordió los labios.

—No me hables de casa, hermano —dijo con un hilo de voz—. Espero que padre no haya visto el partido.

—Creo que lo han televisado.

—¡Dios mío! No quiero pensar en cómo estará nuestro padre.

* * *

—¿Y bien, doctor?

El médico terminó de encender el cigarrillo que había sacado de su petaca. Miró a la joven, y tras lanzar una bocanada de humo hacia el techo de la sala:

—Por las apariencias —dijo hablando muy despacio—, yo diría que se trata de un fuerte shock nervioso. Lo cierto es que no reacciona, ni habla ni seguramente oye nada.

—¿Cree usted que es grave?

El médico suspiró.

—No podría decirlo, señorita Benavell. Ninguno de sus hijos está aquí, ¿verdad?

—No. Los dos mayores están en los Estados Unidos. Antoine... mi novio, se encuentra en París.

—Eso está más cerca —sonrió el médico—. Mi opinión es que debería usted llamar urgentemente a su prometido. Yo he hecho lo que he podido, pero temo que tengamos que consultar con un especialista de Burdeos.

—Entiendo.

—Por el momento, el problema que se plantea, más que grave es molesto. Habrá que darle de comer, limpiarle. Yo le aconsejaría que contratasen a una enfermera cualificada.

—Bien.

—Cuando su prometido llegue, quisiera hablar francamente con él. ¿Me avisará usted, señorita?

—Desde luego.

* * *

El hombre que penetró en el salón de la villa de Fred O’Hara no era el mismo, pimpante y seguro de sí mismo, que acostumbraba a sonreír en cuanto atravesaba el umbral de la puerta.

Nervioso, temeroso, con la mirada huidiza, François Lavaliére se acercó, con pequeños pasos, al sillón que ocupaba el mafioso.

—¿Qué ha hecho usted a mis muchachos, señor? —inquirió con una voz tan temblorosa como su cuerpo.

—¡Siéntate, francés! —le ordenó el otro.

François obedeció.

Con los ojos brillantes, de humor excelente, el habano entre sus labios, O'Hara miró con aire divertido al guiñapo humano que tenía ante él.

—¡Ha sido una noche estupenda, François! Por fin he empezado a recuperar el dinero que había perdido hasta ahora con tus malditos equipos.

—Pero… ¿qué les ha pasado?

—¿A tus supercampeones? —rio Fred—. ¡Lo que tenía que pasarles! ¡Alguna vez tenían que perder, diablos!

—No eran los mismos.

—Ya lo sé. Te dije, no hace mucho, que me encantan los huesos duros de roer.

—Pero ¿qué ha hecho usted con ellos? —insistió el francés.

O'Hara se encogió de hombros.

—Ha sido muy sencillo para un doctor, amigo mío. Un poco de mescalina en la Coca Cola… y tus superhombres se encontraron sin reflejos; es decir, eufóricos, seguros de sí mismos, pero no eran dueños de su músculos.

—¡Es horrible!

—Los negocios son los negocios.

François sudaba gruesas gotas. Tenía la piel reluciente y una pobre luz mortecina en el fondo de las pupilas.

—No vuelva a hacerlo, señor —dijo con un tono suplicante en la voz—. Yo los convenceré.

—¿Tú? —rio el mafioso—. ¿Quieres tomarme el pelo…? No te preocupes. Seré yo quien hable con ellos, cara a cara, aquí mismo. Los citarás mañana, antes de que preparemos el viaje a Nueva York. Quiero jugar sobre seguro. Tampoco me gustan las drogas, ya que terminaríamos por estropear a esos muchachos. La mescalina es muy traidora…

—Entiendo.

—Todo irá bien. No te preocupes. Volverán a jugar como maestros, harán que el público enloquezca de entusiasmo, y cuando se hayan convertido, de nuevo, en los ases de tus equipos, cuando

las apuestas a su favor sean casi la totalidad… les diremos que pierdan, y nos obedecerán.

—Quisiera, de todo corazón, que lograse convencerles.

—¿Dudas de mí, estúpido? He domado a gente mucho más coriácea que los hermanos Itigurri. ¡Te demostraré cómo convierto a esos dos en mansos corderillos!

CAPÍTULO V

Cuando el expreso procedente de París se detuvo en la estación de Biarritz, Antoine, que ya estaba en la plataforma, abrió la portezuela y saltó velozmente al andén.

—¡Antoine!

La voz de la muchacha hizo que el joven se estremeciera. Alzando la cabeza, vio a Marie que avanzaba entre la gente que ocupaba el andén. Abriéndose paso, a su vez, el hombre se dirigió hacia ella, recibiéndola en sus brazos.

Al besarla, sintió la humedad de las lágrimas que se escapaban mansamente de los ojos de Marie.

—Cálmate, cariño —le dijo cogiéndola por la cintura y echando a andar hacia la salida.

—He traído mi coche.

—Bien. ¿Y padre?

—Como siempre. Siguiendo los consejos del doctor, contraté a una enfermera profesional.

—Hiciste muy bien. Pero, ¿cómo está? ¿Qué ha ocurrido, Marie?

Ella le relató los acontecimientos. Cuando llegaron al coche, Antoine se sentó tras el volante, ya que ella estaba demasiado nerviosa para conducir.

—Entonces —dijo él tras haber puesto en marcha el vehículo—, todo se produjo durante la transmisión del partido, ¿no?

—Así fue.

Antoine lanzó un suspiro.

—No me temía una cosa así, ya que mis hermanos no suelen perder nunca; pero, en el fondo, lo ocurrido era de temer. Padre tiene un carácter muy especial y una tremenda fe en la familia. La verdad es que ha consagrado su vida a la formación de mis hermanos. Como quería hacer conmigo —añadió con una sonrisa.

—¿Cómo te van las cosas, Antoine?

—Maravillosamente bien. ¡Si vieras! No me equivoqué al elegir la Interpol. El trabajo, allí, es puramente científico y abarca todo lo que puedas concebir. Las conexiones internacionales son perfectas y

la colaboración entre todos los países, estupenda.

—¿Estás contento?

Él le lanzó una amorosa ojeada.

—¿Contento? ¡Radiante! Esperando, con ansiedad, que pueda venir a casarme contigo y llevarte a mi casa de París. ¿Sabes, Marie, que tengo un hermoso pisito no lejos de Nótre Dame? ¡En pleno corazón de la capital!

Ella frunció el ceño.

—¿Un piso? ¿Para ti solo?

—¡Naturalmente!

Y percatándose de los temores que lucían sus hermosos ojos.

—¡No digas! —exclamó, riendo—. ¿Imaginas acaso que alguien viene a mi piso? ¡No sabía que eras celosa, cariño! Si alguien me visita, es algún compañero de trabajo.

—Perdona...

—No te tortures, amor mío. Ya sabes que, para mí, no hay más mujer que tú. Mira, ya estamos llegando.

Momentos después, seguido por Marie, Antoine penetraba en el dormitorio de su padre.

La enfermera, que estaba sentada junto al lecho, se levantó para acercarse a los recién llegados.

Pero Antoine, tras saludarla con una leve inclinación de cabeza, prosiguió su camino hacia la cabecera del lecho.

Y se quedó allí, contemplando intensamente a su padre, cuya faz inexpresiva decía bien que había cortado todo contacto con el mundo exterior.

—¿No ha vuelto a decir nada? —preguntó, volviéndose hacia la enfermera.

—No.

Antoine se mordió los labios.

—Le estoy muy agradecido por lo que hace por él, señorita...

—Ivette Mauras.

—... señorita Mauras. De veras que le agradezco su presencia.

—Es mi deber y estoy acostumbrada a ello.

Antoine sonrió ligeramente, dirigiéndose hacia Marie en compañía de la cual abandonó el dormitorio.

Una vez en el salón, se sentó, junto a ella, mirando, con el ceño fruncido, la pantalla gris del gran televisor.

—No me explico la derrota de mis hermanos —dijo.

—Tampoco yo, Antoine. Cuando les vi jugar durante la segunda parte, parecían otros. Estaban… como ausentes.

—¿Han llamado alguna vez a padre?

—Un par de veces. Lo que han hecho es mandar dinero.

—Comprendo. ¿Siguen en Los Ángeles?

—No. La radio y los periódicos han dicho que sallan para Nueva York.

Y ante el silencio prolongado de Antoine:

—¿Sospechas algo?

—No lo sé. Conozco a mis hermanos y a casi todos los miembros de las diez parejas que forman ese grupo de pelotaris. No digo que Louis y Pierre no puedan perder alguna vez, aunque por pocos tantos… pero esa derrota de la que me has hablado.

—Fue horrible. No marcaron un solo tanto. En la segunda parte.

—¡Eso es lo que me parece imposible!

Reflexionó unos instantes; luego, mirando a la muchacha:

—Tenemos que saber dónde van a alojarse cuando lleguen a Nueva York. Tengo que hablar con ellos.

—Sin duda que la radio lo dirá.

Antoine esbozó una sonrisa.

—Te has portado maravillosamente bien, Marie, pero ahora has de regresar a tu casa. Lo comprendes, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí.

—No estaría bien que te quedases aquí, conmigo. Mi padre y el tuyo se parecen bastante: son vascos y no entienden ciertas cosas.

—¿Cuándo tienes que regresar a París?

—Llamaré mañana a mis jefes. En una emergencia como esta, no creo que se muestren ni exigentes no quisquillosos. Son muy buenas personas… y creo que me aprecian.

—Yo estaré pendiente de la radio, y mañana te comunicaré lo que sepa.

—Perfecto.

—Hasta mañana, Antoine.

—¿No vas a darme un beso?

—Ya sabes que te daría mil…

* * *

El suntuoso Cadillac no impresionó demasiado a los hermanos Itigurri. En realidad, aquella llamada telefónica que les rogaba fueran a entrevistarse con «un tal señor O'Hara» no hacía más que confirmar las sospechas que Pierre albergaba.

El chófer, elegantemente uniformado, se limitó a abrirles la portezuela, ocupando después su sitio tras el volante.

—¿Te das cuenta ahora de que no me equivocaba? —preguntó Pierre en cuanto el coche se puso en marcha.

—Sí, me doy cuenta.

—Yo estaba seguro de que François era incapaz de hacer algo así. Es un granuja, desde luego, y nos hubiese propuesto cualquier cochinada, con tal de ganar un poco más de dinero. Pero de ahí no habría pasado.

—¿Y quién crees que es ese O'Hara?

Pierre miró a su hermano con una cierta lástima.

—¡Pareces bobo, Louis! ¿Quién quieres que sea? ¡Uno de la Mafia!

—Pero, ¿qué tenemos que ver nosotros con la Mafia?

El otro se encogió despectivamente de hombros.

—¡Haces unas preguntas! —exclamó—. Donde hay «pasta» a ganar allí está la Mafia. ¿O es que no te has dado cuenta de lo que ha ocurrido cuando nos han hecho perder?

—Sí, pero...

—Todo el mundo había apostado por nosotros. Estaban tan acostumbrados a vernos ganar, que ni dudaron un instante que ocurriría lo mismo esa vez.

Se pasó la mano por la frente, como si recordase aún lo que había ocurrido cuando su cesta no alcanzaba la pelota.

—Hay dos clases de apostadores, Louis —explicó a su hermano —: la gente que quiere ganar, sea como sea, aunque sea muy poco. Van, por ejemplo, a las carreras de caballos, y darían cualquier cosa por saber los nombres de todos los ganadores...

—¡Anda! Y a mí también.

—Eso demostraría que perteneces a la clase de apostadores sin ambición. Si los ganadores son famosos, todo el mundo apuesta a ellos. Y, ¿qué ocurre? Es muy sencillo, que las ganancias son

mínimas.

—Pero seguras.

—Eso, desde luego. Pero no es interesante. El que por cada dólar que apuestes, ganes veinte centavos, no es manera de hacerse rico. Por eso, los que se enriquecen, son los que pertenecen a la otra clase de apostadores: los que colocan su dinero en el perdedor seguro.

—¡Entonces no ganan!

—Ganan... si hacen que ese perdedor consiga la victoria. Es lo que ha ocurrido con nosotros. Todo el dinero, o casi todo, lo apostaron a los Itigurri. Al perder nosotros, un gran porcentaje de esa «pasta» fue a parar al bolsillo de quien había apostado contra nosotros.

—¿La Mafia?

—¡Naturalmente, hermano! Igual hacen en todos los demás deportes: levantan un equipo o un individuo, en el caso del boxeo, hasta la cima. Fabrican campeones, gente que gana cada vez. Y van haciendo la felicidad de los apostadores de pacotilla, de los de diez centavos al dólar.

—Empiezo a entenderlo.

—Entonces, cuando han fabricado a un famoso, lo llevan a un sitio lo bastante importante para que las apuestas tontas sumen una fortuna, apuestan en contra, hacen que pierda... ¡y ya está!

—Es formidable.

—Es canallesco; porque nadie detiene a esos tipos, porque hacen lo que sea con tal de ganar dinero a espuertas. ¡Fíjate lo que han hecho con nosotros!

—Ese señor O'Hara es un granuja.

Pierre sonrió.

—Es un mafioso. Y eso basta.

—Puede ser lo que sea, pero en cuanto le eche la vista encima, voy a cantarle las cuarenta.

El rostro de Pierre se ensombreció.

—Tú no vas a decir nada —dijo mirando seriamente a su hermano—. No quiero que vuelvan a romperte la nariz. Hablaré yo... y, oigas lo que oigas, cierras el pico y en paz.

—De acuerdo.

—Esos tipos de la Mafia son muy listos, pero muy peligrosos al

mismo tiempo. Si nuestro promotor fuera un hombre de verdad, no habría dejado que las cosas llegasen tan lejos. Pero François es un pobre hombre, un ambicioso de mierda...

—¿Crees que también le pagan a él?

—Los restos, basura, Louis, basura. Las migajas.

—A lo mejor gana menos dinero que cuando la Mafia no intervenía.

—De eso puedes estar seguro. Lo que ocurre es que François es un cobarde, y ese O'Hara se lo ha metido en el bolsillo. Exactamente lo que va a intentar hacer con nosotros.

* * *

Le fue imposible conservar la paciencia. Cuando hacía menos de media hora que Marie se había ido, y tras subir al piso para preguntar a la enfermera cómo seguía el viejo Thomas, Antoine llamó por teléfono a París, hablando con Claude Sampas, su mejor amigo en el poco tiempo que llevaba en la Interpol.

Explicó detenidamente a Claude lo que había ocurrido, rogándole que le aconsejase.

Sampas llevaba diez años en la organización policíaca internacional, en la que ostentaba el grado de inspector de primera. Hablaba media docena de lenguas, y había obtenido éxitos profesionales relevantes.

—Dame un par de horas, Antoine —le dijo—. Y dame tu número de teléfono. Yo te llamaré.

Nunca, como entonces, le pareció a Antoine que las agujas del reloj avanzaban con tan desesperante lentitud.

Encendió la televisión, volvió a apagarla, fumó incontables cigarrillos y paseó por el salón como un león enjaulado.

Finalmente, cuando sonó el teléfono, dio un brinco, precipitándose hacia el aparato.

—¿Diga?

—Soy yo, Claude.

—¡Gracias a Dios!

—No seas impaciente, muchacho. Además, he tenido que hacer unas llamadas. Creo que ahora puedo aclararte un poco las ideas.

—Te escucho.

—He hablado con un tal Donald, de la Interpol de Los Ángeles. Estaba enterado de todo. Además, conoce a tus hermanos, ya que ha ido un par de veces a verlos jugar.

—¿Y bien?

—No se trata de nada concreto ni seguro; pero, después de escucharme, Donald me dijo que si hay algo sucio entre los pelotaris europeos, solo hay una persona capaz de haber intervenido en el asunto.

—¿Su nombre?

—Fred O'Hara.

—¿Quién es ese?

—El representante de la Organización en Los Ángeles; en una palabra, el amo de la Mafia en la ciudad.

—¿Eh? —se asombró Antoine—. ¿Quieres decir que mis hermanos han caído en manos de la Mafia?

—No es seguro, pero entra dentro de lo posible.

—No me gusta nada eso, Claude.

—Ni a mí tampoco.

—¿Qué podríamos hacer?

—Nada, por el momento, Antoine. El equipo ha salido para Nueva York. Donald ha enviado un aviso a un tal Ferguson, de la Interpol neoyorkina. No tienen evidencias aún, amigo mío. Es todo lo que se puede hacer por el momento.

—¡Gracias por todo, Claude!

—¿Cómo sigue tu padre?

—Igual, pero espero que mejore pronto.

—Me alegraré mucho. Hasta la vista, Antoine.

—Adiós.

* * *

Un elegante y uniformado mayordomo introdujo a los hermanos Itigurri en un salón que les pareció inmenso, decorado y amueblado como para una secuencia de una fastuosa película.

El hombre que estaba en pie, junto a uno de los amplios ventanales que daban al jardín de la propiedad, llevaba una bata roja y un pañuelo blanco anudado al cuello.

Tenía, además, un habano de mediano tamaño entre sus labios.

Alejándose del ventanal, O'Hara caminó despacio hacia los visitantes que se habían detenido en el centro geométrico del salón.

—¿Así que vosotros sois los famosos hermanos Itigurri? —inquirió como si los viese por primera vez.

Y como los vascos no pronunciasen una sola palabra, añadió, tras dar una profunda chupada a su veguero:

—Yo soy Fred O'Hara.

—Yo soy Pierre…

—… y yo Louis.

—Sentaos. Tenemos que charlar un poco.

Se acomodaron en sendos sillones, y Fred hizo lo propio en un tercero.

Durante unos instantes, un pesado silencio reinó en el salón. Luego, al mafioso dejó el cigarro en un cenicero de pie que tenía junto a su sillón.

—Creo —dijo— que sois lo suficientemente listos como para comprender por qué estáis aquí. Pero por si no tenéis las suficientes luces como para entenderlo, os lo voy a explicar en pocas palabras.

Hizo una corta pausa.

—He llegado a un acuerdo con vuestro promotor, el señor Lavaliére, lo que quiere decir que ahora soy yo quien manda en el cotarro. Soy un hombre generoso, pero me gusta que se me obedezca ciegamente.

Volvió a coger el habano, pero no se lo llevó a la boca.

—No creo necesario explicaros cómo marcha el asunto de las apuestas, que es lo único que me interesa de vuestro deporte. Lo que quiero es que, de vez en cuando, cuando yo lo ordene, perdáis el partido.

Louis no pudo contenerse.

—¡No cuente usted con nosotros! —exclamó.

Luego, recordando los consejos que Pierre le había dado, se volvió hacia su hermano y con voz contrita:

—Perdona, Pierre…

Una amplia sonrisa se pintó en la boca de Iñaki.

—No te preocupes, Louis. Has dicho lo que yo pensaba decir… —y volviéndose hacia O'Hara—: Ya lo ha oído usted, señor: no cuente con nosotros.

La expresión burlona que enarbolaba el mafioso no se modificó

lo más mínimo.

—Está bien —dijo con voz silbante—. Siempre he respetado la opinión de los demás… cuando no iba en contra de mi interés.

Ahora sí que dio un par de chupadas al habano, antes de continuar:

—¿Es que habéis olvidado lo que ocurrió en el último partido?

—No hemos olvidado nada —repuso tranquilamente Pierre—. Y mi hermano y yo hemos decidido no beber nada que no hayamos comprado previamente. No podrá usted drogarnos más, señor O'Hara. Puede estar seguro de ello.

—La verdad es que no pensaba hacerlo. Mi amigo «doc», el médico, me ha dicho que la mescalina puede llegar a ser muy peligrosa. Sería estúpido por mi parte estropear a dos jugadores, como vosotros, a los que necesito en plena forma para ganar dinero, mucho dinero…

—Nos alegramos de que piense usted así.

—Naturalmente —prosiguió el mafioso sin hacer caso de la burlona frase de Pierre—, me veré obligado a utilizar otros métodos, menos elegantes pero muy positivos.

—¿Cómo cuáles? Si piensa enviarnos a sus matones, como ya lo hizo usted, vamos a defendernos, ya que estaremos preparados y en guardia. Es posible que salgamos perdiendo o que seamos heridos… pero le aseguro que si vamos al hospital, algunos de esos puercos vendrán con nosotros. Y no creo, por otra parte, que usted desee lisiarnos, ya que no le seríamos de ninguna utilidad.

—Has hablado muy bien, muchacho. Ya veo que eres un chico listo. No, no cometeré el error de dejaros fuera de combate. No soy tan estúpido como para matar a la gallina de los huevos de oro.

Lanzó una risita breve y cortante como un cuchillo.

—Ya veo que no tenéis la más pequeña idea del poder de la organización. Si no cedéis, no tendréis más que descolgar el teléfono y hablar con algunos amigos míos de París. Ellos, en cuanto yo se lo diga, enviarán un par de matones a Biarritz… porque creo que allí vive vuestro padre.

Louis se puso intensamente pálido y miró a su hermano, sorprendiéndose al ver que Pierre no había dejado de sonreír.

—Creo —dijo entonces Iñaki— que estamos perdiendo el tiempo hablando de amenazas, señor O'Hara.

—¿Es que hay alguna otra manera de hablar?

—Desde luego que sí.

—¿Cuál?

—Debemos hablar de negocios.

—No entiendo.

—Es muy sencillo, señor. Nosotros estamos dispuestos a obedecerle, pero con una condición absolutamente normal y lógica.

—¿De qué condición se trata?

—Mi hermano y yo haremos lo que sea... por dinero.

Louis miró a su hermano, boquiabierto, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

CAPÍTULO VI

También se sorprendió el mafioso. Aplastando el habano sobre el cenicero, miró intensa y curiosamente al joven pelotari.

—Ya te dije antes que soy un hombre generoso —dijo.

—Lo suponía antes de conocerle —sonrió Pierre—, pero lo que nos interesa es saber hasta dónde llega su... generosidad.

Por primera vez, desde que había empezado la entrevista, Louis vio que O'Hara se ponía súbitamente serio.

Era evidente que no esperaba una reacción como la de Pierre. Guardó unos instantes de silencio, luego:

—¿Habías pensado en un porcentaje? Habla.

—No me interesan los porcentajes —dijo Pierre, hablando por vez primera por sí mismo—. Queremos una cantidad... antes de que empecemos a jugar como usted quiere.

—Está bien, está bien... y esa cantidad, ¿se puede saber a cuánto asciende?

—A 50.000 dólares.

Fred emitió un breve silbido.

—¿Estás loco? ¡Es una fortuna!

Pierre se puso en pie, imitado por su hermano.

—Como usted quiera. Lo toma o lo deja... ¡Buenas tardes, señor O'Hara!

—¡Espera!

Pierre se volvió.

—¿Sí?

Fred había cogido otro habano cuya punta mordía con rabia.

—Está bien. Tendrás esos 50.000 «pavos» cuando me demuestres, la primera vez, en el primer partido, que obedeces mis órdenes.

—¡De acuerdo!

* * *

Tuvieron que llamar a otro especialista de París. El profesor

Vauclair llegó a Biarritz a la mañana siguiente de la segunda derrota de los hermanos Itigurri en las canchas de Nueva York.

Antoine, que había seguido los partidos por televisión, estaba hecho un lío.

Mientras el especialista en enfermedades del sistema nervioso examinaba en el piso superior al viejo Thomas, Antoine y Marie hablaban animadamente en el salón de la planta baja.

—Cuando vi el primer partido —dijo el hombre—, pensé subir el televisor a la habitación de padre, pensando que la mejor cura era que volviera a ver jugar, y ganar, a sus hijos.

Lanzó un suspiro.

—Pero, después, mis hermanos volvieron a perder de una forma absurda. Entonces me di cuenta de que el remedio hubiera sido peor que la enfermedad.

—¿Qué crees que les ocurre, Antoine? ¿Por qué pierden de esa forma?

—No lo sé, amor mío. De todas las maneras, estoy esperando una llamada telefónica.

Explicó a la joven lo que su compañero de la Interpol le había dicho y de que Claude esperaba tener noticias del policía de Nueva York.

—¡La Mafia! —exclamó ella con una luz de terror en los ojos—. Son capaces de todo, querido...

—Lo sé. Pero no voy a dejar que malogren la carrera de mis hermanos, y menos aún que les causen el menor daño. Estoy dispuesto a hablar con mi jefe de París, solicitando que me envíe, a los Estados Unidos.

—¿Conseguiste hablar con alguno de tus hermanos?

—Lo haré hoy mismo. No sabía en qué hotel se hospedaban hasta que tú me lo dijiste.

—Están en el Metropol.

—Luego hablaré con ellos. Con la diferencia horaria, esperaré hasta saber que están en el hotel, durmiendo.

Un ruido de pasos hizo que los dos jóvenes se volviesen a tiempo de ver descender por la escalera la alta silueta del psiquiatra.

El profesor se dirigió hacia ellos. Antoine le invitó a sentarse, rogando a Marie que sirviese algo al médico.

Antoine esperó, mordiéndose los labios de impaciencia, hasta

que el profesor hubo tomado un trago del excelente vino de Burdeos que la muchacha le había servido.

—¿Y bien, profesor?

Vauclair alzó la cabeza, mirando intensamente a Antoine.

—Lo lamento mucho, amigo mío —dijo con voz dulce—; pero, por el momento, mi pronóstico no es bueno.

—¿Qué quiere usted decir?

—Su padre —prosiguió diciendo el médico— ha sido víctima de un shock emocional muy fuerte. Para explicar las cosas de forma más sencilla, podríamos imaginar que *monsieur* Itigurri ha estado construyendo todos estos años un hermoso edificio sobre una base tan falsa como la ilusión paternal.

—Entiendo.

—El que sus antecesores fueran todos campeones de pelota vasca y que él mismo fuera un excelente jugador de cesta punta, hasta su mutilación en la guerra, le hicieron creer que los miembros de su familia eran invencibles.

—Es cierto.

—Durante años y años, ha estado, como decía antes, alzando un colosal edificio de ilusión. Y justo en el instante en que sus dos hijos alcanzaban la cumbre de la fama, demostrando al mundo entero que eran invencibles, la derrota surtió el efecto de una carga de explosivos en la frágil base de ese edificio.

—Ya veo.

—Si la salud corporal de su padre es excelente para sus años, he comprobado que se encuentra en plena forma, no podemos decir lo mismo de su equilibrio mental.

—¿Es eso posible? —inquirió Antoine no pudiendo evitar un estremecimiento.

—Así es. El señor Itigurri ha vivido muchos años en plena fabulación. Eso quiere decir, amigo mío, que ha estado «fabricando» su propio mundo. Y cuando la realidad ha echado abajo ese escenario, no ha podido soportarlo.

Antoine lanzó un suspiro.

—Lo entiendo... pero usted ha hablado de un pronóstico...

—Sí. Pienso que solo una aceptación de la realidad podría hacer que su padre saliese de ese encierro a que le ha confinado su desilusión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente que cuando el señor Itigurri comprenda que sus hijos pueden ganar o perder, como cualquier deportista, cuando los baje del pedestal en que su amor por ellos les ha colocado, solo entonces podríamos albergar la esperanza de una vuelta a la realidad, aunque sea lentamente.

* * *

—Tenemos que perder los tres últimos tantos —dijo Pierre que se había acercado a su hermano—. Ahora llevamos uno de ventaja. No olvides disimular que pierdes la pelota por verdadera casualidad.

—Pierre...

—¿Sí?

—No me gusta esto. No me gusta nada. La verdad es que no comprendo cómo has podido aceptar esto.

—¡Tienes la cabeza muy dura, querido hermanito! Tenemos, en la maleta, cincuenta mil hermosos dólares, el dinero que padre necesita para comprar aquella propiedad.

—Sí, eso ya lo sé. Pero también pienso en padre, en lo disgustado que estará al vernos perder estúpidamente.

—¡Lo comprenderá todo cuando le entreguemos el dinero!

—Es como si no lo conocieras... —protestó Louis.

Pierre se encogió de hombros.

—¡No digas tonterías!

—Entonces, ¿por qué no hemos vuelto a llamar a casa?

—Porque no quiero oír broncas del viejo. Si se enfada porque perdemos de vez en cuando, que se aguante un poco. Ya se le alegrarán los ojos cuando pongamos en la mesa del salón el montón de billetes que O'Hara nos ha dado.

—Está bien. La única cosa que me alegra, es que hoy es el último partido en Nueva York. Creo que mañana descansamos y que pasado mañana salimos para Boston. ¿No es así?

—Sí.

—Tengo ganas de regresar a casa.

—¡No tengas prisa! Anda, vamos a prepararnos porque el juego va a empezar de un momento a otro. Y no olvides lo que te he dicho

antes: mucho disimulo al perder las pelotas, ¿eh?

Una triste sonrisa se asomó a los labios de Louis.

—Ya sabes que nos estamos volviendo unos maestros en el «tongo», hermano.

* * *

—Sí, señorita. Esto es: Nueva York, Número 236567, hotel Metropol.

—¿De persona a persona?

—Sí. Quiero hablar con Pierre Itigurri.

—Cuelgue un momento. Le llamaré enseguida.

—Gracias.

Antoine dejó el aparato en su base, y volviéndose hacia Marie.

—Veremos ahora qué explicaciones me da mi hermanito.

—¿Temes algo malo?

—Sí y no, cariño. Por un lado, el partido que acabamos de ver me demuestra que se han visto obligados a doblegarse ante la Mafia.

—¡La Mafia! Pero eso no es posible, Antoine. Esa gente mata, asesina...

—No en nuestros tiempos, Marie. La Mafia es un negocio. Es cierto que utilizan procedimientos drásticos cuando se trata de «convencer» a alguien, pero procuran no matar a nadie, a menos que sea necesario. Lo demás, cariño, es cosa de películas.

—Yo estaba convencida de que eran criminales.

—Y lo son. Pero no hace falta asesinar a un hombre para conseguir que obedezca. Hay otros procedimientos más sutiles...

El teléfono sonó en aquel momento.

—¿Diga?

—Le paso su llamada con Nueva York, señor. Hable. La persona a la que usted deseaba encontrar, no se halla allí, pero hay un representante de la ley...

—¿Eh?

—Hable, se lo ruego. Así me lo han ordenado.

—¿Diga?

—*Hello? I'm an officer from the 50th Precint of city of New York...*

—¿No puede hablar más despacio? Apenas si le entiendo...

—Espere un instante... ¡teniente Callowan!

Un corto silencio; luego, una voz clara llegó hasta Antoine.

—¡Teniente Callowan al habla! ¿Quién está ahí?

—Antoine Itigurri, teniente. ¿Dónde están mis hermanos? ¿Qué ha pasado?

—¿Usted es el hermano?

—Sí.

—Un momento... ¡Coller! Esos dos cuerpos... los quiero directamente en la Morgue. ¡Hay que hacer la autopsia enseguida!

Antoine se puso intensamente pálido.

Bajó la mano, separando el aparato telefónico de su rostro como si quemara.

—*Hello!* —gritó la voz en el auricular.

Con el mismo gesto fatalista, pálido como un muerto, Antoine puso el aparato en su lugar, cortando la comunicación.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó Marie acercándose a él. Antoine la miró largamente, en silencio. Había una luz de ausencia en los ojos del joven. Luego, con voz apenas audible, murmuró:

—Han muerto, Marie... ¡los han asesinado!

CAPÍTULO VII

—¿Qué tal lo he hecho, Pierre?

Iñaki sonrió.

—Eres un verdadero maestro, hermano. Cuando te caíste, adrede, como si no pudieras alcanzar la pelota con la cesta... ¡estuviste magnífico!

—Me doy asco.

—¡No digas estupideces! Ya has visto a Lavaliére. ¡Por poco nos besa en las mejillas!

—¡Es un puerco!

—Más desdichado que puerco, hermano. Se lleva un buen porcentaje, pero cuando, por las noches, piense en lo que gana O'Hara, debe morderse las uñas de envidia.

Louis movió tristemente la cabeza de un lado para otro.

Pierre no dijo nada. Se había vuelto hacia la ventanilla del taxi y miraba, sonriente, las iluminadas fachadas de los edificios de la Quinta Avenida.

—Louis...

—¿Sí?

—En cuanto hayamos cenado y nos hayamos cambiado, vamos a salir a dar una vuelta.

—¿Por qué? ¿Adónde?

—¿Eres tonto o qué? Llevamos dos semanas en esta maravillosa ciudad... y no hemos salido a la puerta de la calle.

—Tú dijiste que debíamos ser prudentes.

—¡Al diablo con la prudencial Hemos terminado nuestras actuaciones, ¿verdad?

Louis sonrió amargamente.

—¡Cuánta razón tienes al decir «actuaciones»! ¡Menudo par de comediantes somos!

—Deja de atribularte de esa manera, hermano. Tengo ganas de ir a uno de esos locales encantadores, oír música, ver chicas bonitas... ¡vivir! ¿No es hermoso vivir? Pronto regresaremos a casa y daremos al viejo la mayor alegría de su vida.

—Como quieras.

Una vez en el Metropol, subieron directamente a la habitación que compartían en la 14ª planta. Se dispusieron entonces a vestirse.

—Voy a sacar los dos trajes de la maleta —dijo Pierre—. De esa maravillosa maleta que es, al mismo tiempo, nuestra caja fuerte.

Sacó la maleta del «closet», poniéndola sobre una de las dos camas.

—Y pensar que no nos vestimos elegantemente más que para ir a ver al mafioso, en Los Ángeles… Ahora, por lo menos, hay un motivo válido…

Extrajo los dos trajes; luego, con una sonrisa en los labios, alzó la ropa, por una esquina, para echar una ojeada a los fajos de billetes.

¡El dinero había desaparecido!

Pierre se quedó inmóvil, con la mente en blanco, mirando estúpidamente el fondo de la maleta. Entonces, con rabia, sacó todo lo que aquella contenía, tirándolo al suelo.

—¿Qué ocurre?

—¡Se han llevado el dinero! ¡Ese puerco de Fred! Debería haberlo sospechado desde el principio…

Se puso en pie, con los ojos llameantes.

—¡Peor para el que caiga! Voy a llamar a la policía, hermano. Contaré la verdad, llamaré luego a los periódicos…

El timbre de la puerta se dejó oír en aquel preciso instante.

—¡Abre, Louis!

Louis obedeció, pero no llegó a abrir la puerta del todo. Desde fuera, un empellón la abrió de par en par, lanzando al pelotari contra la pared.

Dos hombres, vestidos de forma estridente, altos, fuertes y con rostro brutal, penetraron en la habitación, cerrando la puerta tras ellos.

—Hemos llegado a tiempo, ¿verdad? —inquirió el más fuerte de los dos—. Si no he oído mal, a través de la puerta, ibas a llamar a la poli, ¿verdad?

—¿Habéis sido vosotros los que os habéis llevado el dinero? —preguntó Pierre.

—¡Pues claro! —respondió el hombre—. Vuestro contrato ha terminado, campeones. ¡Se acabó lo que se daba! El resto de los

equipos va a ir a Boston, pero vosotros dos estáis despedidos.

—¿Puedo saber por qué?

—Está claro como el agua. La gente sabe que sois muy buenos, los mejores. Y se ha olido el «tongo». El jefe piensa que ya no os necesita. Habéis dejado de ser interesantes. ¿No está claro?

—¿Y nuestro dinero?

Con la mano, el hombre se dio unos golpecitos en el lado izquierdo de la cartera.

—La «pasta» está donde debe estar: camino de las manos del jefe. ¡Idiota! ¡Cincuenta de los grandes por hacer el mico con una cesta en la mano! ¿Qué te has creído?

La paciencia de Pierre había llegado hasta el máximo. Por otra parte, su cólera estalló bruscamente, sin que nada ni nadie pudiera impedirlo.

—¿Qué he creído? —aulló mirando a los ojos del hombre—. ¡Que tu jefe es un hijo de perra!

Al mismo tiempo, su brazo derecho se extendió.

Un brazo de pelotari, hecho de tendones como cables de acero; un brazo acostumbrado a desatar su furia como se extiende un muelle comprimido...

El puño de Iñaki chocó con la barbilla del hombre.

Y el Joe se alzó sobre el suelo un palmo, saliendo disparado hacia atrás, derribando una silla y pegándose con la nuca en el borde inferior del armario, cuya puerta estaba aún abierta por haber sacado Pierre la maleta.

—¡Quieto!

El otro Joe había sacado su pistola, dotada de un largo silenciador.

Una risa cruel se pintó en los delgados labios del hombre.

—Voy a hacerte un agujero en ese hermoso brazo, bastardo —dijo hablando con suavidad—. No volverás a jugar en toda tu puñetera vida.

Fue entonces cuando Louis intervino.

Las palabras que el mafioso había pronunciado le helaron la sangre en las venas.

¡Dejar inútil a un jugador como su hermano!

Desde que lanzaron la primera pelota sobre la pared, Louis se dio cuenta de la superioridad de Pierre sobre él.

Lo supo y lo aceptó, sin envidia ni celos. Y cuando oyó al padre decir que Iñaki era un genio, como la había sido el abuelo, se sintió profundamente orgulloso de formar pareja con él.

¡Y ahora iban a destrozarle el brazo!

Louis se lanzó como una exhalación sobre el *gangster*.

¡¡Ploff!!

Louis giró sobre sí mismo, como una peonza.

Un grito escapó de sus labios, al tiempo que se desplomaba pesadamente.

Pierre dudó unas décimas de segundo.

Por un lado, su primer impulso le guiaba a auxiliar a su hermano herido; por otro, razonando con una fría lógica, se dijo que el Joe iba a disparar de nuevo y que, desdichadamente, el bandido estaba demasiado lejos como para intentar desarmarle.

La lógica venció.

Dando un salto, retrocedió, buscando refugio, en el otro extremo de la habitación, que era muy larga, detrás de un sillón.

¡¡Ploff!!

La bala penetró en el respaldo del sillón.

¡¡Ploff!! ¡¡Ploff!!

Estaba visto que aquel canalla había recibido órdenes de acabar con los dos hermanos, si estos se resistían.

«Ahora —pensó Pierre—, irá acercándose hasta que me tenga a tiro...».

Estaba furioso por estar desarmado. Sus manos, en cuclillas como estaba, recorrieron el suelo en busca de algo con lo que poder defenderse.

Y entonces...

Fue tras él, en el rincón, donde sus dedos tropezaron con algunas pelotas que habían dejado allí, junto a una vieja cesta, de la que ya no se servían, pero que guardaban como recuerdo.

Su mano penetró en la cesta como un animal en su concha. La otra cogió una pelota.

Asomó un poco la cabeza.

¡¡Ploff!!

La bala le pasó rozando, yendo a incrustarse, medio metro más lejos, en la pared del rincón.

Fue entonces cuando Iñaki vio la imagen de Joe que se reflejaba

en el espejo de la puerta abierta del armario.

Sonrió.

No podía servirse de la cesta, ya que para hacerlo habría tenido que incorporarse, y eso no era posible.

Pero, pensó, ¿no había pasado años y años, antes de calzar la primera cesta, jugando al frontón con las manos desnudas?

Todavía era capaz de lanzar la pelota con el efecto apetecido.

Sirviéndose del espejo, calculó la trayectoria que debía seguir la pelota para golpear en la mano armada del bandido.

No iba a ser nada fácil.

La pelota tendría, primero, que rebotar en la pared, describiendo un ángulo perfecto, sin perder fuerza, sin desviarse ni una sola milésima de milímetro.

Sabía que el golpe no iba a desarmar al *gangster*; pero, por lo menos, le sorprenderla, obligándole a concentrar toda su atención en el arma que recibiría el impacto.

Y eso era lo que Pierre necesitaba.

Unos pocos segundos de distracción: los suficientes para ponerse en pie y lanzar con su cesta.

Concentró toda su atención en el disparo que se disponía hacer con su mano izquierda. Fue como si recordase los viejos tiempos, cuando, apenas un jovencito de quince años, realizaba, con la mano, saques que dejaban boquiabiertos a los espectadores.

«Un buen pelotari —pensó mientras se disponía a lanzares una mezcla de físico y de geómetra. Y eso es lo que voy a demostrar a ese asesino...».

Lanzó la pelota.

A pesar de lo incómodo de su posición, el objeto salió disparado con gran fuerza, rebotó en la pared y, cumpliendo la trayectoria que el vasco había previsto, chocó con la mano armada de Joe.

El matón dio un chillido de rata.

Toda su atención se concentró en la mano que sujetaba la pistola, echando la otra mano encima, como si temiera que la fuerza misteriosa que le había golpeado se la fuera a arrancar de las manos.

Iñaki se puso en pie.

Con la pelota en el fondo de la cesta, giró sobre sí mismo como un discóbolo.

Algo silbó estridentemente en el aire.

La pelota chocó con la estrecha frente de Joe.

Fue como si acabara de recibir la patada de una mula. Se echó hacia atrás, lanzando los brazos.

¡¡Ploff!!

La bala se hundió en el techo.

Sin perder un solo instante, sabiendo que su adversario debía estar fuera de combate, Pierre corrió hacia su hermano.

—¡Louis!

Vio la mancha de sangre en el hombro izquierdo.

Ni corto ni perezoso, llevó a Louis hasta el lecho, quitándole la ropa para ver la herida, que era mucho menos grave de lo que pensaba.

La limpió, procediendo después a vendar cuidadosamente el hombro.

«Cuando esa rata de O'Hara —pensó mientras acababa el vendaje— vea que sus matones tardan, mandarán a otros…».

—Pierre… —llamó entonces su hermano con voz débil.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Has de ponerte en pie. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

—¿Y esos dos?

—Ahí están, no sé cómo. ¡Espera! ¡Iba a olvidarlo!

Se dirigió hacia donde yacía el primer Joe, registrando sus bolsillos con todo cuidado. Una sonrisa se pintó en su boca al encontrar los fajos de billetes que el granuja había sacado de la maleta.

Pero entonces, el poner la mano sobre el pecho del *gangster*, se estremeció de pies a cabeza al darse cuenta de que estaba muerto.

—Debió romperse la nuca, al caer —dijo.

Algo hizo que se dirigiera al otro, al de la pistola, tomándole el pulso.

Trabajo inútil.

Porque el Joe número 2 estaba tan muerto como el Joe número uno.

* * *

—¡Pase!

Antoine penetró en el despacho de René Meunier, el jefe de la Interpol francesa. Meunier era un hombre alto, de unos 50 años de edad, sólido de cuerpo, cabellos cortados muy cortos y una mirada a la vez dulce y aguda.

—Pase, Itigurri —le dijo con una sonrisa. Y tras estrechar la mano del nuevo agente—. Tome asiento, por favor.

—Gracias.

—Sampas me ha informado de algo —dijo René—. Por eso, antes que todo, deseo preguntarle cómo sigue su padre.

—Está igual, *monsieur*. Pero…

—Sí, ya sé que el motivo de su regreso a París, de forma tan precipitada, responde a lo ocurrido en Nueva York, ¿no?

—Así es, señor.

—Cálmese, amigo mío. Al enterarme, por Claude, de lo que ocurría, llamé a los Estados Unidos. Mi colega de allá, Warrington, me proporcionó una información completa de los hechos que es, en lo que cabe, bastante tranquilizadora.

—¿Qué quiere usted decir?

—Según el informe de la policía newyorkina, los dos cadáveres encontrados en la habitación del hotel Metropol no son los de sus hermanos, como usted temía.

—¡Gracias a Dios!

—Los cuerpos corresponden a dos de los matones de ese famoso O'Hara, representante de la Organización en California. Los muertos son: Harold Spencer, alias el Tranquilo, y Joe Merril, alias el Rápido.

—¿Y mis hermanos?

El rostro de René se ensombreció.

—Desaparecidos.

Antoine se puso pálido.

—Eso quiere decir que están en poder de la Mafia.

—No lo sabemos. Vigilamos estrechamente a O'Hara. Desde luego, de lo que la policía americana está segura es de que la causa de la muerte de Spencer fue la fractura de las vértebras cervicales, al caer. Respecto al otro… quisiera hacerle una pregunta, Itigurri.

—Las que usted quiera.

—¿Es que se puede matar de un pelotazo?

Antoine reflexionó unos instantes.

—Es raro —repuso después—, pero puede ocurrir, especialmente en cesta punta. Si la pelota sale con toda fuerza y la persona que la recibe no está muy lejos...

Y después de una pausa:

—También depende, naturalmente, del lugar en el que se recibe el impacto.

—¿Ha habido casos de muerte en la cancha?

—Muy pocos, aunque ha habido golpes graves, dados por error.

—Lógicamente, también dependerá de la fuerza del brazo del que lanza, ¿verdad?

—Sin duda alguna.

—Otra pregunta: su hermano Pierre es, según Sampas me ha contado, un jugador excepcional, ¿no?

—Así es.

—Dentro de sus cualidades puede que se encuentra la fuerza de lanzamiento. ¿Me equivoco?

—No, señor. No creo que haya en el mundo un lanzador de la fuerza de Iñaki —sonrió—. Mi padre, señor, aseguraba que yo poseía la misma fuerza en mi brazo que mi hermano mayor.

—Comprendo. Todo esto, Itigurri, viene a colación con la causa de la muerte del segundo *gangster*. Los médicos están de acuerdo en que Merril murió de un pelotazo en la cabeza.

—¡Dios mío! Eso hace de mi hermano un criminal...

—No se preocupe demasiado. Está comprobado que fue un caso de legítima defensa, ya que Merril disparó sobre su hermano. Hemos encontrado casquillos y balas en la habitación. En realidad —añadió sonriendo—, su hermano debería haber recibido una medalla.

—Señor...

—¿Sí?

—Deseo que me permita ir a los Estados Unidos. Comprenda que he de buscar a mis hermanos. Mi padre está muy delicado... y si algo les ocurriese, sería la muerte para él.

—Entiendo.

—Ya sé que la cosa no es nada fácil, y que es posible que la Interpol americana vea con malos ojos mi intervención en el asunto.

—Es cierto.

—Pero yo conozco el ambiente de los pelotaris como nadie... y en el viaje a París, he forjado un plan que deseo exponerle.

—Adelante.

Antoine habló largamente; sin interrumpirle una sola vez, René sonreía. Cuando el vasco terminó de hablar, el jefe de la Interpol francesa no dijo una sola palabra.

—¿Y bien, señor? —inquirió Antoine con el corazón en un puño.

—Me gusta su audacia, amigo mío. Voy a llamar a Warrington ahora mismo... pero creo que se ha salido usted con la suya.

* * *

Sin los hermanos Itigurri, la gira en Boston fue un verdadero éxito. Dóciles como corderos, los muchachos de Lavaliére proporcionaron grandes «sorpresas», haciendo que el mafioso ganase una fortuna en las apuestas.

Tras seis días de actuación en Boston, O'Hara decidió seguir viaje a Chicago.

Pero aquella noche, reunido con sus hombres, también estaba presente François, pareció olvidar los beneficios obtenidos en la cancha, mostrándose preocupado y colérico.

—He dejado a cinco de mis «chicos» en Nueva York, cinco de mis mejores muchachos —dijo al francés—. Si esos dos hermanitos que el diablo confunda creen que van a escapar con mi dinero, se equivocan.

Mordió rabiosamente el puro que aún no había encendido.

—También he avisado a la Organización en Nueva York. Más de cien hombres están rastreando la ciudad, y no tardarán en encontrar a esa parejita.

Soltó una carcajada.

—Y —añadió—, por si fuera poco, tres inspectores de la poli, los que pagamos regularmente, informan a nuestros hombres de todo lo que hace la policía.

François, muy pálido, dijo con voz débil:

—Yo también deseo que recupere usted su dinero, señor O'Hara, pero me gustaría rogarle algo...

—¿El qué?

—Que no hiciese daño a esos muchachos. No puede usted

olvidar que le han hecho ganar mucho, muchísimo dinero y, además, son dos jugadores excepcionales.

—¡Me importa un bledo! ¡Nadie se ríe de mí!

Encendió el habano, llenando de humo la habitación del hotel.

—Mañana estaremos en Chicago —dijo—, luego iremos a Denver y desde allí, a Las Vegas. Allí se terminará la *tournée*. Tú y tus muchachos regresaréis a Europa.

—Entiendo.

—Creo haberme portado bien con todos vosotros. Tus chicos volverán a casa con un buen puñado de dólares cada uno y tú, viejo zorro, tampoco puedes quejarte.

—No me quejo.

—Por eso quiero que olvides por completo a los hermanos Itigurri. Son asunto mío. Tienes, entre tus muchachos, algunos que pueden llegar a ser tan buenos como esos dos cerdos…

—Es posible.

—Pero te aseguro que esos dos no escaparán… y que, cuando les eche la mano encima, su cancha será una hermosa tumba de la que no saldrán nunca más.

CAPÍTULO VIII

Las Vegas. Primer día de la representación de los pelotaris vascos. O'Hara desplegó todos los medios de comunicación y de publicidad, sabiendo que iba a conseguir, al menos durante la estancia de los pelotaris en aquella ciudad, vaciar los casinos o, al menos, llenar por completo el local que había alquilado para que se realizasen los partidos de cesta punta.

No se equivocó.

Seis horas antes de que empezase el espectáculo, no había una sola entrada libre, y por los informes de las taquillas, Fred supo que había una gran afluencia de millonarios, lo que suponía que las apuestas iban a subir como nunca.

Impaciente, fue a ver a François, en el hotel en el que el promotor se alojaba junto a sus muchachos.

—¡Hoy es un gran día! —anunció con los ojos brillantes—. Alecciona bien a tus muchachos, «franchute». Quiero que la emoción agarrote a los espectadores. Hoy, por tu bien, viejo, procura que jueguen mejor que nunca.

—Así lo haré.

—Vas a prometerles cinco mil «pavos» por cabeza, si se portan bien. El público no puede saber que hacemos trampa...

—Nunca lo ha sabido.

—¡No digas eso! Cuando aquellos dos puercos de hermanos jugaban, los espectadores, al ver que eran los mejores, no tragaban que perdiesen.

—Es verdad.

—Tuve una idea maravillosa al prescindir de ellos.

François dudó unos instantes; luego:

—¿Tiene usted noticias... de ellos?

Fred le fulminó con la mirada.

—No, todavía no —repuso con voz agria—, pero no tardaré en tenerlas. Nuestros confidentes de la poli están seguros de que esos dos puercos se ocultan en el Bronx. Es un barrio muy grande, pero la tela de araña se va espesando alrededor de ellos...

* * *

Los dos *hippies*, barbudos, melenudos, sucios, apestando a sudor mezclado con colonia barata, caminaban por entre el gentío de las calles de Las Vegas.

Como otros muchos *hippies*.

Llevaban largas túnicas hindúes e iban cargados de collares y abalorios entre los que destacaban sendas cruces gamadas. Sus dedos ensortijados estaban tan sucios como sus pies que cubrían apenas unas sandalias indias.

Uno de ellos, el más alto, llevaba una cinta escarlata alrededor de la frente, y los dos cubrían sus ojos con inmensas y fantásticas gafas de color, con monstruosa montura blanca salpicada de lunares multicolores.

Iban cogidos del brazo, mirando el torrente de luces que brotaban de las fachadas de casinos, casas de juego, cabarets y demás. El ruido era ensordecedor, y parecía mentira que al final de las anchas calles, por las que circulaban lujosos automóviles, solo se encontrara el desierto…

—Ya falta menos —dijo el más alto—. Cuando sepamos el vuelo de regreso, sacaremos los billetes y nos iremos en el mismo avión que ellos.

El otro sonrió.

—Fue una buena idea la que tuviste, Pierre.

—¡Cuidado con los nombres, hermano! Yo soy Jimmy y tú Harold. No lo olvides.

—Perdona.

—Sí, fue una buena idea y la única salida viable que teníamos. En vez de quedarnos en Nueva York, donde no habrían tardado en encontrarnos, sobre todo porque no conocemos la ciudad, salimos tras ellos, a Boston, Chicago y ahora Las Vegas. ¡Nadie puede reconocernos de esta guisa!

—Es cierto.

—Lo que fue buena suerte para nosotros fue encontrar a aquel médico vasco, en Boston. Sin él, tu herida hubiera sido un verdadero problema.

—¡Era un tipo estupendo!

—Y que, además, nos conocía muy bien. ¡Hasta tenía fotos

nuestras!

—Un aficionado de cesta punta. ¡Que Dios le bendiga! Aunque…

—¿Aunque qué?

—Creo que deberíamos haber seguido su consejo e ido a la policía.

—¿Estás loco? Poco sé de la Mafia, pero he oído decir que hay policías, que no merecen serlo, que están pagados por la Organización. ¡Imagina un poco si caemos en manos de uno de esos sinvergüenzas!

—Es verdad.

—Nuestro plan es el mejor. Hemos estado siguiendo a los chicos, y esperaremos el último momento para actuar.

—Lo que considero peligroso es que vayamos a ver cada partido.

Pierre se echó a reír.

—¡Eso es lo que más me divierte!

—A mí, no.

—¿Por qué? Yo no veo los partidos ni me fijo en la cancha. No tengo ojos más que para ese bastardo de O'Hara, siempre sentado en primera fila, al lado del gordito y rodeado por sus matones.

—También le miro yo.

—¡Maldita sea! Es lo único que me da rabia: tener que irme de este país sin darle su merecido.

* * *

Cuando Fred, el gordo y los Joes que le quedaban abandonaron el hotel, Lavaliére respiró con verdadera fruición.

No podía más.

La Prensa, siempre prudente, había anunciado la «fuga» de los hermanos Itigurri sin darle mayor importancia. Más de un periódico sensacionalista había avanzado la hipótesis de que los dos vascos habían sido vistos, en una estación de autobuses, en compañía de dos hermosas muchachas.

Pero la prensa no había publicado una sola palabra de las muertes de los dos matones, y François veía en ello la poderosa mano de la Mafia.

De no haber sido por lo que Fred le contó, en un momento de furia, de los muchos que le aquejaban, Lavaliére no se habría

enterado de que los dos Joes habían muerto en manos de sus compañeros.

Y aquello era lo que le llenaba, al mismo tiempo, de regocijo y de inquietud y zozobra. Su gozo nacía de que, por lo menos, los hermanos Itigurri se habían cobrado justicia de los hombres del cerdo de O’Hara; su preocupación nacía del miedo de que la policía estuviese buscando a Pierre y a Louis como presuntos asesinos…

Además, a medida que el momento del regreso se acercaba, François sentía que su angustia crecía. Porque ¿qué iba a decir al padre de los chicos cuando volviera a Europa?

Conocía lo suficientemente bien al viejo Thomas como para temer lo peor. El viejo podría exigirle responsabilidades, en el mejor de los casos, o matarle a palos, en el peor.

Consultó el reloj, percatándose de que aún faltaba una hora para salir del hotel.

Y fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo, seguro de que se trataba de alguno de los muchachos que quería preguntarle algo. Recordó entonces que tenía que comunicarle el «premio» que Fred iba a concederles aquella noche.

La puerta se abrió.

Fue como si hubiese visto un fantasma. Se quedó helado, aunque, poco a poco, a pesar del tremendo parecido, se percató de que sus ojos debían haberle engañado.

—¿Es usted François Lavaliére? —preguntó el visitante tras haber cerrado la puerta tras él.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Antoine Itigurri.

¡Dios mío! Entonces, ¡no se había equivocado! Aquella cara, aquellas manos…

—Siéntese, por favor, señor Itigurri.

—No, no es necesario. Falta una hora para que vayan a la cancha. He esperado que sus «amigos» saliesen del hotel. Tenemos que hablar largo y tendido… y le prevengo que vengo dispuesto a todo.

—¿Permite… que me siente?

—Sí, creo que es lo mejor que puede hacer, ¡cobarde!

* * *

—Ven, Harold.

—¿Eh?

—¡No seas idiota! ¿Es que no vas a aprenderte tu nuevo nombre?

—Perdona, Pie… digo Jimmy.

—¡Vamos!

Penetraron en uno de los locales. Estaba lleno. Al rumor de las conversaciones se sumaba el ruido de las máquinas tragaperras, de las ruletas, de las mesas de dados. Solo los naipes salían silenciosamente de la figura abierta en el paño verde de las mesas de veintiuno.

—Voy a jugar un poco —sonrió Pierre—. Nunca lo he hecho, pero algo me dice que esta noche será una noche de suerte para nosotros.

—Me gustaría ser tan optimista como tú.

—¡No seas gafe!

Pierre se detuvo ante una máquina tragaperras, introdujo la moneda y tiró de la palanca.

—¡Nada! —suspiró cuando las ruedas multicolores se detuvieron.

—Pienso en padre —dijo el otro.

—Yo también. Y en la alegría que va a tener cuando vea el dinero que le llevamos.

—Estará inquieto. Ha debido leer los periódicos, escuchar la radio o ver la televisión.

—¡Estará orgulloso de nosotros! ¡Nada otra vez!

—¿Orgulloso?

—¡Pues claro, hombre! Si cree que estamos con dos chicas, debe pensar que ya era hora. Ya sabes que ha querido casarnos por lo menos media docena de veces.

—Envidio tu carácter.

—Y yo temo al tuyo. Me estás dando mala suerte. Anda, cállate. Voy a intentarlo por última vez.

—Bien.

Introdujo Pierre la moneda, pero sujetó la palanca, y entornando los ojos:

—¡Vamos, maquinita, preciosa! Tú sabes quiénes somos…

No sé por qué, pero se me ha metido en la «troncha» que hoy va a ser un día de suerte para nosotros… ¡Pórtate bien!

Tiró de la palanca.

Las ruedas giraron locamente, deteniéndose poco a poco. Dos rombos negros, con la palabra «top» en blanco, se detuvieron; luego lo hizo el tercero.

Un chorro de monedas brotó de las entrañas de la máquina:

—¡He ganado! —exclamó Pierre echando mano al dinero—. Espera que lo cuente… ¡Doscientos dólares, hermano! ¿Te das cuenta? Vamos a la cancha. Ya ves que no me equivocaba. Hoy será un día que no olvidaremos jamás.

* * *

Estaba terminando el primer encuentro.

Los ojos de Fred brillaban intensamente. Volviéndose hacia Watson, el gordo, dijo en voz baja:

—Algo me dice que esta noche va a ser maravillosa. ¿Has visto cómo apuesta esta gente?

—Sí. Están locos…

—Son millonarios, estúpido. Casi todos, petroleros tejanos, ganaderos y hombres de negocios de los cuatro rincones de los Estados.

Y tras una corta pausa:

—Vamos a hacernos ricos, gordo.

El primer partido fue la primera «sorpresa» de la noche. El equipo que iba perdiendo por un amplio margen, remontó el tanteo y consiguió una inverosímil victoria.

—¿Te das cuenta, Watson? Ahora, en el próximo partido, dejaremos que ganen, y en el otro volveremos a hacer tongo. Esos estúpidos tipos podridos de dinero son tontos desde que nacieron.

—¡Un momento, señoras y señores!

François, con el micrófono en la mano, se dirigía al público.

—¿Eh? —gruñó Fred—. ¿Qué hace ese idiota?

—Señoras y señores… en atención al distinguido público de esta única y maravillosa ciudad de Las Vegas, me complace ofrecerles algo que nadie ha visto hasta ahora…

—¿Qué está diciendo ese memo?

—Calle, jefe. Pronto lo sabremos.

—Y cuando hablo de un espectáculo único, no miento —siguió diciendo Lavaliére—. Porque ¿quién ha visto, alguna vez en su vida, a un jugador peleando con una pareja? ¡Nunca, señoras y señores! Ni en el mismísimo país vasco se ha dado algo semejante...

—Pero... —murmuró O'Hara.

Watson no dijo nada.

—Me honro —dijo el francés— en presentar a ustedes a nuestra menor pareja, formada por Imurra y Zoresti... contra los que va jugar... ¡Antoine! ¡Un verdadero supercampeón!

Salieron los jugadores a la cancha, saludando al público que les dedicó una ovación estruendosa.

—Oye, Watson...

—¿Sí jefe?

—Ese Antoine... ¿no te recuerda nada su cara?

—No. Es decir: todos los vascos se parecen físicamente.

—No sé, no sé... pero, de todos modos, la idea de ese idiota de «franchute» puede ser buena, si pierde el «genio».

—Es cierto.

—Anda. Acércate a él y pregúntale cómo va a terminar el partido; es decir, dile que ese tipo tiene que perder, que lo mando yo. Esta vez, voy a apostar cincuenta de los grandes por la pareja.

—*Okay*.

* * *

Los dos *hippies* estaban en el último piso, en el gallinero. De no haber sido por la pintura y la suciedad que cubría sus rostros, la palidez que apareció en ellos se hubiese visto a diez leguas.

—¡Dios mío!

—¡Antoine!

—¡No puedo creerlo!

Pierre puso la mano sobre la de Louis.

—Ya te decía que esta noche iba a ser especial! ¡Por la Virgen de Begoña! ¡Tengo ganas de saltar desde aquí para dar un abrazo a nuestro hermano!

—Debe de estar loco.

—¿Por qué?
—Nadie es capaz, jugando solo, de vencer a esos dos.
—Ya veremos. Padre decía que Antoine se parecía a mí.
—Sí, pero...
—¡Calla! Va a empezar el partido.

* * *

Casi al minuto de empezar la pelea, tras haber marcado Imurra el primer tanto, la gente se puso en pie.
Lo que estaban viendo parecía increíble.
Jugando a la vez en punta y de zaguero, Antoine parecía moverse en la cancha a una velocidad vertiginosa.
Los espectadores —casi todos habían apostado por él—, gritaban como locos.
Tembloroso, ocultando su miedo bajo una sonrisa forzada, François pasaba ante la primera fila.
—¡12 a 3, a favor de Antoine! ¡Hagan las apuestas!
Fred se mordió los labios, dando un codazo a Watson.
—¡Apuesta cinco mil más a favor de la pareja!
Y cuando Lavaliére se detuvo ante ellos para formalizar la apuesta:
—No lo habrás olvidado, ¿verdad, «franchute»?
François movió la cabeza de un lado para otro.
—No, señor O'Hara. Yo no olvido nunca nada.
—¡Mejor para ti!

* * *

Los *hippies* lo estaban pasando de miedo. Con los ojos fijos en la cancha, seguían las veloces evoluciones de Antoine y tenían que hacer un esfuerzo para no gritar como locos cuando su hermano menor conseguía un nuevo tanto.
—¿Te das cuenta, Louis? —inquirió Pierre olvidando sus falsos nombres—. ¡Te das cuenta de que es un Itigurri como nosotros!
—Pelea muy bien, Pierre. Pero si los otros quisieran...
Pierre le dirigió una mirada de reproche.
—¿Me tomas por idiota o qué? Ya sé que la pareja no está dando

todo lo que podría dar; pero, de todos modos, lo que hace nuestro hermano es una verdadera exhibición.

—Es verdad.

—Recuerda que no ha jugado tanto como nosotros y se ha entrenado aún menos... entre los estudios y Marie...

—Sí, ya sé. ¿Puedo preguntarte algo?

—¡Suéltalo!

—Por más que le doy vueltas a la cabeza, no me explico lo que Antoine hace aquí.

—Jugando! ¿Es que estás cegato?

—No hablo en broma, Pierre.

Volviéndose hacia él, Pierre le miró con sorna.

—Tienes una excelente mano de pelotari, hermano; pero, de pequeño, debiste dejarte el cerebro en alguna parte. ¡Diablos! ¿Cómo es posible que no adivines el motivo de la presencia de Antoine aquí? ¡Ha venido a buscarnos! Y como no es tonto, sabe que nos encontrará cerca de los compañeros...

—Pero él es policía.

—¡Y un excelente pelotari como estás viendo!

—Eso es justamente lo que más me extraña. Podía buscarnos, pero ¿por qué está jugando?

Pierre sonrió.

—Ya conoces a Antoine, Louis. Debe tener alguna idea en la cabeza. ¡A él sí que no se le olvidaron los sesos!

* * *

O'Hara rechinó los dientes.

—Faltan seis minutos para el final y esa pareja de idiotas no ha conseguido empatar aún.

—Tienen que disimular, jefe —dijo el gordo—. Antoine les lleva solamente dos tantos de ventaja.

—¡Por todos los demonios del infierno! Si no ganan, voy a hacerles pedazos... ¡a todos! Y, en primer lugar, a ese bastardo de «franchute».

—Ganará usted, jefe, y como están las apuestas, será una verdadera fortuna.

—Eso espero.

* * *

Mientras Imurra se adelantaba para hacer el saque, Antoine se acercó a Zoresti que había descendido, como él, al final de la cancha.

—Voy a hacerlo ahora, amigo.

Zoresti le miró con simpatía.

—Como tú mandes, Antoine.

—Voy a contestar a Imurra con una larga. ¿Recuerdas lo que debes hacer?

—Perfectamente.

—Gracias por todo.

—¡No digas tonterías! —exclamó Zoresti profundamente emocionado.

Antoine se situó en el lugar adecuado para devolver el saque de Imurra; pero, durante un par de segundos, miró hacia la primera fila de espectadores, que ninguna tela metálica protegía, ya que el local de Las Vegas había sido rápidamente acondicionado para aquellos partidos de cesta punta.

Un brillo de decisión se encendió en sus ojos.

Sacó el contrario. La pelota, fuerte, describió una parábola. Antoine la recogió con la cesta, giró sobre sí mismo y la lanzó hacia la pared.

No lo hizo fuerte, de manera a que Imurra volviese a cazar la pelota, no muy lejos del muro.

Volvió a golpear con fuerza Imurra, haciendo creer al público que lo hacía para engañar a Antoine que, normalmente, hubiera debido correr hacia adelante.

Pero el menor de los Itigurri no se había movido, permaneciendo no lejos de Zoresti.

La pelota se acercó a los dos hombres.

Incomprensiblemente, aparentemente, Zoresti corrió hacia Antoine, poco antes de que la pelota llegase hasta ellos. Antoine tuvo que hacer un gesto brusco, perdió el equilibrio y cayó sobre una de sus rodillas. Pero, en aquella difícil postura, consiguió cazar la pelota.

El público lanzó un verdadero rugido.

Irguiéndose, el pelotari giró sobre sí mismo. Como un proyectil,

la pelota salió de la cesta, pero tan desviada que, cruzando la cancha, se precipitó hacia la primera fila de espectadores.

Un grito brotó de los graderíos.

Junto a Watson, pálido como la muerte, Fred O'Hara se desplomó pesadamente. La pelota le había golpeado con tremenda violencia en la sien izquierda.

Dos *hippies*, en el segundo piso, se alzaron al mismo tiempo, con los ojos brillantes como carbones al rojo.

* * *

Marie recibió la llamada telefónica tres horas antes del partido. Escuchó atentamente lo que Antoine le decía y tras enviarle un beso, colgó.

Atravesó luego, en su Mini, la ciudad, hasta detener el vehículo ante la casa de los Itigurri.

Una vez ante la enfermera, habló cinco minutos seguidos, sin interrumpirse un solo segundo. Cuando terminó de hablar, la enfermera sonreía.

—No es muy ortodoxo lo que desea hacer, señorita. El médico...

—¡Va usted a ayudarme, sí o no! —le cortó Marie—. Iré a buscar a un par de hombres, si usted se niega.

—No es necesario que se enfade. Además, soy una mujer muy fuerte.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Les costó, no obstante, subir el televisor a la habitación de Thomas. Lo instalaron frente a la cama y tras haber hecho todas las conexiones, se acercaron ambas al enfermo.

—Creo que su novio se hace demasiadas ilusiones, señorita Benavell.

Marie sonrió.

—Tengo mucha fe en Antoine, se lo aseguro. Y espero que todo saldrá bien...

Esperaron pacientemente a la hora de la trasmisión. Luego, encendiendo el aparato, se sentaron junto a la cama.

Durante el primer partido, el viejo Itigurri permaneció con los ojos cerrados, tan ausente como siempre.

Pero cuando, tras aparecer en la pantalla, Lavaliére anunció la presencia de Antoine, el viejo entreabrió los ojos, al tiempo que una luz de incomprensión se pintaba en su rostro.

Diez minutos más tarde, sentado en el lecho, gritaba como un loco.

—¡Lo sabía, Antoine, hijo mío! ¡Sabía que no podías ser un «polizonte»! ¡Llevas en las venas nuestra sangre de pelotaris!

Marie y la enfermera lloraban dulcemente.

EPÍLOGO

El cordero asado olía a gloria...

Nadie hubiera reconocido el gran salón de la casa de los Itigurri, en la hermosa ciudad de Biarritz.

Había sido necesario traer mesas de todas partes, y la sala, repleta de gente, ofrecía el aspecto de un merendero.

Todos estaban allí: las diez parejas que salieron para el Nuevo Mundo para extender el bello juego de cesta punta, el promotor Lavaliére, Antoine, Marie, la enfermera y hasta René, el jefe de la Interpol francesa, al que acompañaba Claude Sampas.

Y, lógicamente, el viejo Thomas que ocupaba la cabecera de la mesa principal.

Comieron como salvajes: entremeses, el inevitable bacalao a la vasca y después cordero, hasta que la grasa les salió por las orejas.

Y bebieron. Y rieron. Pero dejaron lo importante para después.

Al acabar la comida, René se puso en pie.

—Amigos. Nunca, como hoy, he experimentado más sana alegría ni más legítimo orgullo. Es un honor para mí comunicar que el agente Antoine Itigurri ha ascendido a inspector de primera. ¿Sus méritos? ¡Muchos! No solo descubrió a sus hermanos, aunque para decir toda la verdad, fueron ellos los que, disfrazados de *hippies*, se precipitaron a la cancha para reunirse con él. Lo verdaderamente importante fue la «muerte casual» de uno de los más peligrosos mafiosos de la costa oeste de los Estados Unidos. Sus cómplices, asustados por la desaparición de Fred O'Hara, confesaron todo lo que sabían y fueron a la cárcel. Eso es todo, amigos.

—¡Un momento! —dijo François poniéndose, a su vez, en pie—. También tengo yo que anunciar algo. Pero no sin antes expresar mi sincero arrepentimiento por haber querido hacer de un noble deporte una fuente de ingresos. Gracias a los muchachos aquí presentes, he ganado un dinero... que no merecía. Por eso, quiero invertirlo en la creación, aquí, en Biarritz, de la mejor cancha del mundo a la que, con legítimo orgullo, deseo bautizar con el nombre de Frontón Itigurri.

—¡Bravo! —vitorearon los comensales.

Un gruñido reclamó silencio.

—Ahora me toca a mí —dijo Thomas poniéndose en pie—. Sé y no lo niego que soy un viejo gruñón y un cabezota de primera... pero así nací y así moriré. Yo tengo que anunciarlas, amigos míos, unas cuantas cosas: dar las gracias a mis hijos Pierre y Louis, que me han procurado el mayor placer de mi vida, permitiéndome rescatar la finca de mis abuelos.

—¡Bravo!

—En segundo lugar, aprobar definitivamente la profesión, la honrosa profesión que ha elegido mi hijo menor. Estoy orgulloso, señores de París, de que mi hijo forme parte de la Interpol, y de que contribuya a que granujas como ese O'Hara reciban su merecido.

—¡Bravo!

—Y, en último lugar, me complace anunciar el próximo enlace de mi hijo Antoine con la señorita Marie Benavell..

—¡Bravísimo!

—¡Un momento, por todos los diablos! ¿O es que no vais a dejar que siga? Ya no se respetan las canas, ¿o qué? Si creéis que voy a ceder en todo, os equivocáis de medio a medio. Acepto que mi hijo Antoine siga siendo policía... pero todos los nietos que la pareja me den, ¡serán pelotaris! ¡Lo prometo por la memoria de mi abuelo! Y si no quieren complacerme... ¡me volveré a poner enfermo, rediez!

FIN

Colección TAMTAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO, Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI. Rocco Sarto
4. MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE. Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO. Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO. Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE. Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO. Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS. Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS. Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA. Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA. Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA. Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS. Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA. Bab Fleming
16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR. Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO. Elliot Dooley
19. LAS JOYAS DE LA PAGODA. Bab Fleming

TÍTULOS DE PRÓXIMA APARICIÓN

20. LOS OJOS DE LA IGUANA. Curtis Garland
21. CERCA DE BABILONIA. Lou Carrigan
22. KALI, EL PIGMEO. Alex Simmons
23. SANGRE Y DIAMANTES. Alan Parker
24. ARENAS DE MUERTE. Lucky Marty

25. MADRUGADA FATAL. Rocco Sarto
26. PROVISIONALMENTE VIVO. Lou Carrigan
27. EL ALMA DE LA COBRA. Alex Simmons
28. LA MUERTE TOMABA EL SOL. Lucky Marty
29. ORO ROJO. Ronald Mortimer

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España